

EL EMPERADOR

una aventura de CLIVE





SILVER KANE

SS SERVICIO SECRETO




MARGIT
CLIVE MURDOCK

SILVER KANE

EL EMPERADOR

Colección **SERVICIO SECRETO** N.º 872
Publicación semanal
Aparece los **MIERCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA S.A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES
CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 9626 - 1967

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: abril 1967

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1967

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS
DE ESTE MISMO PERSONAJE

En Colección SERVICIO SECRETO:

834 — Protagonista: Clive.
837 — Todas quieren matarme.
841 — La casa de las modelos.
845 — Los pies en el infierno.
849 — La ciudad secreta.
853 — Un cuchillo para la señora.
856— ¡Cítese conmigo!
864 — La tigresa china.
867 — A ciegas hacia la muerte.

CAPÍTULO PRIMERO

La ciudad se llamaba Glennville.

Era un conjunto de diez calles cubiertas de polvo, de cien azoteas secas y aburridas, de nubes de moscas que se sentían viajeras e iban y venían desde la cercana frontera de Méjico.

En Glennville hacía calor hasta primeros de noviembre, y los hombres dormitaban horas y horas junto a las ventanas vigilando con un ojo todo lo que ocurría en la calle y controlando el vuelo perezoso de las moscas.

Quizá por eso, por su clima de calma tan enervante, llamó tanto la atención la presencia de aquel hombre alto, de aspecto hercúleo, cuyas facciones parecían talladas en acero.

Llevaba un impecable traje blanco y un maletín negro.

También llevaba una placa del F. B. I. y un revólver de cañón corto calibre 38, pero eso no lo vieron los tranquilos habitantes de Glennville.

Clive Murdock atravesó cansinamente el vestíbulo del único hotel de la ciudad. Hizo sonar la campanilla que estaba encima del *comptoir,* y el empleado que dormitaba sobre el libro registro dio un sorprendente brinco.

—¿Qué ocurre? —balbució.

—Ha llegado el tren de las 3, 30, amigo.

El reloj que estaba encima del *comptoir* dio lentamente las campanadas de las tres cuarenta y cinco. Unas leves nubecillas de polvo se levantaban cada vez que la campanilla sonaba.

—Cierto... —el empleado se rascó la cabeza—. El de las 3,30 nunca es puntual... ¿Qué quiere? ¿Una habitación?

—Sí, pero que tenga al menos una ducha.

—Creo que podré dársela... Sólo hay una habitación con ducha aquí, la número cuatro. Son nueve dólares anticipados, amigo. Sin desayuno.

Clive Murdock pagó la pensión de un día.

—¿Dónde está esa habitación?

—Suba por la escalera y siga a mano izquierda. La primera puerta. Oiga… es posible que encuentre allí todavía algunas prendas de mujer.

—¿Sin mujer dentro?

—No bromeo. Me refiero a un camisón de dormir, y quizá un liguero y otras tonterías. La dejó la huésped que teníamos anoche y que se ha marchado en el tren de las once. Aún no ha habido tiempo de retirarlo todo, pero lo haremos enseguida. El resto de la habitación está a punto.

—No tengan prisa; prefiero tener colgado de la pared un buen liguero de señora que un buen cuadro.

Levantó su maletín negro, que había dejado en el suelo, y subió los once peldaños que llevaban al piso superior. La primera puerta de la izquierda estaba entornada.

Clive Murdock la abrí y la cerró instantáneamente.

Lo hizo para que nadie viese a la mujer rubia que se había colgado a su cuello.

Y que le besaba en la boca.

Era una rubia sinuosa, alta, felina, que en cada uno de sus movimientos ponía un vigor elemental, una sensualidad primaria que llegaba a embargar los sentidos.

Clive retiró poco a poco aquellos brazos de su cuello, pero solo lo hizo cuando se había cansado de besar a la mujer.

Esta susurró:

—¿Basta?

—Poco a poco, nena. Si no, nadie va a creer que te has educado en Harvard.

Ella se sentó en la cama con gesto desolado, subiéndose la falda para airear sus piernas desnudas, sobre las que el calor pesaba igual que una corza.

—Estoy desalentada, Clive —susurró—. Esa mujer ha vuelto a escapar.

—Ya lo veo.

—Tendré que presentar mi dimisión como auxiliar del F. B. I. Soy una auténtica calamidad.

Él se desnudó de cintura para arriba, introduciendo la cabeza bajo el chorro de la ducha.

—No debes preocuparte, Margit. Perder una pista es lo primero

que uno aprende.

—Pero yo venía siguiendo a esa mujer desde Alabama...

—Esta vez has estado a punto de dar con ella. A las once se encontraba todavía en esta habitación. Por cierto, ¿cómo has entrado?

—Por esa ventana —señaló una de las dos, que estaba entreabierta—. Quería investigar. Al abrirse la puerta he pasado un susto terrible. ¡Buena policía estoy hecha! Afortunadamente has aparecido tú...

Clive Murdock seguía aún con la cabeza bajo el chorro del agua.

—He elegido esta habitación porque suponía que era la que ella había dejado —murmuró—. En mi maletín hay una guía de hoteles de Arizona. Este está señalado en tercera categoría. "*Hotel Andrews. Once habitaciones, solo una con ducha*". He dado por supuesto que Norma habría elegido esta.

Margit volvió a suspirar con desaliento.

—De modo que ha ocurrido lo que temía... Te han enviado a ti para darme el cese. No soy más que una fracasada.

—Me han enviado porque el asunto es mucho más importante de lo que todos pensábamos al principio —susurró él—. Y déjate ya de pesimismos. Así no conseguirás nada.

Se secó, se vistió de huevo totalmente y fue a encender un cigarrillo.

Entonces se fijó en algo que no había tenido en cuenta hasta entonces.

Las moscas.

Las moscas revoloteaban insistentemente, como si se hubieren desprendido de su pereza, y en cuanto pasaban de un determinado punto —cuando dejaban atrás los últimos rayos de sol— volaban enloquecidas en una misma dirección.

Los ojos de Clive Murdock se entrecerraron.

Sus labios dibujaron una extraña mueca.

Penetró en el cuarto de baño y vio el resquicio que parecían buscar las moscas. Era el ángulo de una pared de mampostería con una pared de madera. Aquella pared de madera formaba en realidad una puerta que debía dar a un cuarto trastero, o quizá guardarropa, común a dos habitaciones contiguas. Lo más fácil era que nadie la hubiese abierto desde hacía tiempo.

¿Desde hacía tiempo? ¿Quizá desde las once de aquella misma mañana?

Clive Murdock tiró de aquella puerta.

El cadáver pareció saltar hacia él como una cosa vis cosa, repelente ávida.

CAPÍTULO II

El silbido de un tren se oyó en la lejanía, y aquel sonido pareció hacer temblar los raquíticos tallos de maíz que crecían en el campo de la parte posterior del hotel. Un tren de mercancías avisaba su llegada a la estación, antes de dirigirse a la frontera de Méjico. Durante algunos segundos toda la ciudad pareció vibrar, para convertirse enseguida en la cosa muerta que había sido siempre.

Margit miraba como fascinada aquel cadáver. Por lo visto no había vivido hasta entonces una situación así.

Clive encendió el cigarrillo que ya había estado a punto de encender antes. Sus movimientos eran tranquilos y calmosos.

—¿Llevas tú cámara? —susurró.

—Sí.

—Quiero unas cuantas fotos de calidad. Fotos que sean distintas de las que luego hará la policía.

Ella obedeció. Tomó diversas vistas del cadáver, todas desde ángulos inverosímiles.

En tanto, Clive miraba el cuerpo de aquel hombre. En tanto vivió debió haber sido robusto, duro y con todas las características de un tipo peligroso. No se concebía cómo una mujer pudo haberlo matado, y además con sus propias manos.

Porque el hombre había sido estrangulado.

Tenía las facciones amoratadas, y la lengua aún sobresalía por entre los dientes.

Margit susurró:

—¿Le conocías?

—No; no tengo idea de quién puede ser. Veré si lleva documentos.

El muerto no los llevaba. Iba solo, vestido con camisa y pantalón, y no pudieron encontrar sobre él más que unos cuantos dólares arrugados.

—Ha debido morir sobre las diez —dijo Clive pensativamente—. Me parece que no sería difícil reconstruir los hechos. Fue acorralado

en ese ángulo de pared, donde la pintura aún aparece algo desconchada. Seguro que los del laboratorio encontrarán algunos restos de los cabellos de este tipo. Luego ella lo arrastró hasta el baño y encontró la entrada a ese cuarto trastero—, ello le solucionó la difícil papeleta de ocultar el cadáver, por el momento. Si te fijas en esos pequeños surcos en el entarimado, te darás cuenta de que solo pudieron ser causados por los zapatos del muerto cuando ella lo arrastraba. Luego lo encerró ahí, preparó su equipaje, abonó la cuenta y se largó en el primer tren que salía de la ciudad, que era el de las once. Cuando la criada del hotel arregló sumariamente esta habitación, no se le ocurrió mirar en el cuarto trastero.

—Ahora ella ya habrá pasado la frontera de Méjico —susurró Margit.

—Es posible, pero también es posible que no. Quiero decir que la huida a Méjico es lo primero que se le ocurre a uno, y ella es demasiado inteligente para hacer algo que los demás puedan adivinar. Posiblemente ha transbordado en la primera estación. ¿Quién sabe dónde estará ahora?

—En la ventanilla de billetes la recordarán. Y dirán hasta dónde sacó pasaje.

—Ese dato no tendrá demasiada importancia —susurró Clive—. Seguro que ella lo sacó hasta Nogales, al otro lado de la frontera, para despistar. Luego habrá descendido allí donde menos se nos ocurra a nosotros. —Hizo un gesto expresivo—. Habrá que empezar de nuevo Margit.

—¿Y qué hacemos ahora? —musitó nerviosamente la muchacha —. ¿Revelar nuestra identidad? ¿Avisar a la policía local para que investigue?

—No haremos nada de eso. En realidad no haremos nada —musitó Clive—. Huiremos de aquí con toda la velocidad posible.

—¿Adónde?

—Eso lo decidiremos sobre la marcha.

—¿Y luego? ¿Qué ocurrirá cuando la policía lo descubra todo?

—Ocurrirán dos cosas muy sencillas: determinarán la hora de la muerte y buscarán testigos que declaren la hora en que yo llegué a Glennville y en qué tren. Verán que los dos datos no coinciden, y entonces apuntarán en otra dirección. En cuanto a ti, supongo que nadie te ha visto.

—No… De eso estoy casi segura.

—Cuando los periódicos publiquen la noticia, no me mencionarán más que de refilón, y en cuanto a ti, lo más fácil es que no te nombren para nada. Entonces Norma, al leerlos, no sabrá que hemos estado muy cerca de ella. Y que seguimos estándolo.

Enseguida, Clive Murdock llevó aquellas palabras al terreno de los hechos. Hizo una seña a Margit.

—Vamos.

Pasó él primero la pierna por el alféizar de la ventana, saltando al terreno que había detrás del hotel los campos de maíz aparecían solitarios a aquella hora de fuerte sol. Las aspas de un molino para impulsar la bomba de un pozo artesiano se movían en el aire perezosamente. Esa era la única señal de vida que se vislumbraba en el paisaje.

Los dos corrieron a través del campo silencioso, agachándose entre los tallos. Pronto los edificios de la población no fueron más que unas manchas blancas bajo el cielo azul. Ambos atravesaron la vía del ferrocarril por un paso subterráneo y entonces sí que tuvieron la casi completa seguridad de que ya nadie les vería.

—¿Adónde nos dirigimos ahora? —preguntó Margit.

—Seguiremos por la vía. Tomaremos el tren en la próxima estación; no uno de los que vayan hacia la frontera mejicana, sino al contrario. Hacia el norte.

—¿Crees que tardarán en descubrirlo todo?

—Durante una hora al menos, nadie entrará en aquella habitación. Creerán que estoy durmiendo la siesta.

Iban a subir a la vía, para seguir el trazado de esta, cuando de pronto tuvieron que apartarse.

Un tren llegaba.

Era un tren lento, y avanzaba por la llanura con el jadeante «chaaaf chaaaf» de los mercancías. Margit y Clive vieron que la vieja máquina arrastraba los vagones de un circo ambulante.

Sobre cada uno de ellos había colocado un gran cartelón de propaganda:

«Circo Barton, el circo de la alegría.
¡Leones, elefantes, toda clase de fieras salvajes!»

En efecto, una auténtica colección de animales que parecían componer toda la fauna africana se hallaban pintados en los grandes cartelones que adornaban el tren. En otros se veían pintados alegres payasos y audaces trapecistas.

Era en el último vagón donde estaba aquel cartel. Donde solo se veía un rostro pintado.

«Madame Barton, propietaria del circo.
La mujer más inquietante del mundo, la que ve los secretos más ocultos».

El rostro enorme de una mujer de unos sesenta años pareció mirarles al pasar, desde el cartel donde estaba pintado, hasta que el tren, con un agudo pitido, se perdió en la lejanía.

Clive Murdock sintió temblar en su derecha los dedos de Margit, que se había sujetado instintivamente a él.

—¿Qué te ocurre?

—Tengo la sensación de que nunca olvidaré esa mirada. Parecía... ¡parecía que nos viese!

Clive Murdock no contestó.

Pero él, la verdad, también había tenido una sensación semejante.

* * *

La ciudad se llamaba Parkville.

Era muy parecida a Glennville, muy semejante a tantas y tantas ciudades de Arizona cuyo nombre se pronunciaba del mismo modo. Unas calles polvorientas, un hotel o dos, la Asociación de Vecinos y unos cuantos hombres medio abotargados que vigilaban con un ojo y dormitaban con el otro.

El hombre del traje blanco y el maletín negro se presentó en el hotel. Como en la ocasión anterior, hizo sonar la campanilla y el empleado del *comptoir* dio un sorprendido brinco.

—¿Qué... qué desea?

—Supongo que tendrán alguna habitación libre.

—Claro, señor.

—¿Con baño?

—De esa clase solo hay dos.

—Procure darme la que tiene vistas a la calle, si es que está desocupada.

—Precisamente la han dejado hace poco, señor.

Clive Murdock arrugó el entrecejo.

—¿Una señorita?

—¿Cómo lo sabe?

—Yo la buscaba. Estábamos citados aquí.

El empleado hizo un mohín.

—Pues lo lamento. Se ha largado en el tren de las cinco cuarenta y ahora son... Veamos: las seis veintidós. Lamente mucho que haya perdido su cita, porque era... ¡era una mujer sensacional!

Clive Murdock lanzó una especie de gruñido.

Norma, para desplazarse de un lugar a otro, no empleaba más que trenes, y él había decidido séguir su misma táctica. Pero por lo visto le hubiera resultado mejor disponer de un coche y llegar a los sitios una hora antes. Resolvió en su fuero interno que la escurridiza mujer no se le volvería a escapar por aquel motivo.

El empleado le tendió una llave.

—La habitación es la once, señor. ¿Quiere firmar aquí? Clive Murdock firmó con un nombre falso, como hacía desde que empezó aquel condenado asunto. Por precaución, llevaba tombién una documentación falsa con el mismo nombre.

La habitación era luminosa, grande.

El sol entraba a raudales por las dos grandes ventanas que daban a la calle principal. La tarde ya declinaba, pero aun así el calor seguía siendo intenso.

Clive depositó en el suelo su maletín negro, se desnudó y se introdujo bajo la ducha. Luego volvió a vestirse y pidió que le subieran todos los periódicos del día que pudiesen encontrar en el hotel.

Se tendió en el lecho a leerlos. Aún hablaban del crimen de Glennville en su primera página, pese a que ello había ocurrido dos días antes. Se daban detalles sobre la extraña inquilina del hotel, sobre su incomprensible fuga y la identidad del cadáver, cuya identificación resultaba todavía muy dudosa. En cambio no se mencionaba para nada al huésped que luego alquiló la habitación, y que también había desaparecido.

Clive Murdock sabía que la policía local tampoco le estaba persiguiendo.

Una llamada por su parte al Departamento de Justicia, en Washington, donde se halla enclavada la sede del F. B. I. había obrado aquel pequeño milagro. No convenía que Norma, la fugitiva, supiese que andaban tan cerca. No convenía tampoco que unos policías del Estado de Arizona, demasiado celosos de su deber, perturbaran sus investigaciones.

Porque Norma era una delincuente federal. Porque era el F. B. I. el que tenía la obligación de capturarla.

Clive se enteró de todo aquello y luego salió a la calle.

Esta empezaba a animarse, y algunas chicas que estaban sentadas en un banco, luciendo las piernas, le miraron de soslayo. Un bar situado en una esquina anunciaba:

«Whisky del país. El mejor del mundo. Pruébelo y repetirá».

A continuación del «repetirá», algún chistoso había escrito con pasta blanca: «...en el otro mundo».

Clive bebió un vaso de aquel *whisky* y por poco se queda clavado en el sitio. Tuvo que volver al hotel y sentarse junto a la ventana para poder recuperar otra vez el ritmo de su respiración.

Enfrente del sitio donde se hallaba sentado, en una mesita, había papo! de cartas del hotel. Y en la primera de las hojas, unas letras escritas con bolígrafo.

Parecía como si las hubiera trazado la anterior huésped de aquella habitación. Clive las leyó atentamente, y entonces sus labios dibujaron una mueca.

Sabía lo que aquellas simples letras significaban.

Eran un desafío.

Lo escrito allí no podía ser más simple: «RW. 18»

Las letras «RW» solo podían significar «Raihvay», es decir, tren, y en cuanto al número 18, podía referirse a un convoy o a un paquete depositado en la consigna de la estación. Clive pensó que más bien debía ser esto último.

Dejó el papel, tomó uno de los periódicos, aunque lo hizo simplemente para abanicarse, y salió de nuevo a la calle.

Parkville era una ciudad que se las daba de más importante que

Glennville. Tenía, por consiguiente, dos hoteles en lugar de uno.

Clive Murdock fue al otro hotel.

Vio a la mujer desde la puerta, o mejor dicho, vio sus piernas. Margit, a pesar del calor, se había puesto medias para parecer una señorita más distinguida. La exhibición que hacía, sentada en el vestíbulo, mientras hojeaba distraídamente unas revistas, era literalmente sensacional. Al menos la mitad de los habitantes de Parkville se habían remoldo en el hotel y fingían preocuparse muy seriamente por el precio de las habitaciones.

Clive susurró:

—Margit...

Ella se puso en pie. La exhibieron cesó. Clive miró a los que estaban allí, como diciéndoles resignadamente: «Se acabó la función, amigos».

—¿Qué ocurre? —musitó Margit—. ¿Ha dado resultado eso de dividir nuestros esfuerzos y alejarnos cada uno en un hotel?

—«Ella» lo sabe.

—¿Qué quieres decir?

—Ya lo verás. Vamos.

Los dos salieron, e inmediatamente la reunión se disgregó. Las habitaciones del hotel ya no parecieron interesas a nadie.

—¿Qué sucede? —musitó ella, mientras atravesaban la calle—. ¿Qué has querido decir con eso de que «ella lo sabe»?

—Mi única posibilidad de éxito consistía en sorprenderla —murmuró Clive—. Que ella no supiese que estábamos tan cerca. Pero ya no hay duda de que se ha dado cuenta de todo. Mira.

—¿Qué es eso?

—Ni más ni menos que un desafío.

Entraron en la pequeña estación de Parkville, un edificio vetusto y sombrío, parecido al de Glennville y a todas los que estaban en aquella somnolienta ruta. La oficina de consigna se hallaba al laclo izquierdo de la entrada. Se apilaban allí numerosos paquetes pequeños y uno solo de gran tamaño.

Clive no necesitó preguntar. Estaba seguro de que aquel, justamente, había de ser el paquete número 18.

Mostró su placa. ¿Para qué disimular ya? Como bien había dicho a Margit, «ella lo sabía».

—¿Pretende retirar el bulto? —preguntó el empleado—. Lo

lamento pero no podrá hacerlo sin una orden especial, a pesar de todo. No tiene usted el resguardo.

—No pretendo llevármelo. Sólo quiero que lo abra.

—De acuerdo, señor.

El empleado forzó la cerradura, que por otra parte no era demasiado sólida. Levantó la tapa.

Margit estuvo a punto de lanzar una exclamación de horror, pero Clive Murdock no se sorprendió. Tan solo entrecerró los ojos.

Porque dentro del paquete, muy doblado en forma de cuatro, había un cadáver. El cuerpo de un hombre muerto apenas dos horas antes.

* * *

Mientras Margit le besaba en los labios, todavía sintiendo en la piel el escalofrío del miedo, susurró:

—Si esto me llega a ocurrir estando sola, no hubiera podido resistirlo. Soy una calamidad, Clive...

El acarició aquellos hombros suaves, mórbidos, que parecían temblar entre sus manos.

—Tenemos que volver abajo —musitó—. Murmurarán en el hotel.

—¿Porque hemos subido juntos a mí habitación?

—Por esto.

Clive tendió la mano y retiró las medias del alféizar de la ventana. Ella había hecho la tontería de colocarlas allí, a la vista de todo el mundo.

Al parecer, no tenía demasiada experiencia en aquella clase de situaciones.

—La policía local puede llamamos en cualquier momento —susurró el joven—. Querrán ampliar informes tal vez. No creas que nos dejarán tranquilos tan fácilmente.

Margit susurró:

—Oh, he sido una descuidada...

Su cuerpo joven y ágil se dibujó fugazmente en el espejo, mientras ella pasaba al cuarto de baño. El rumor de la ducha se escuchó poco después, junto con el choque del agua al caer con fuerza sobre su piel. Clive se secó mientras tanto unas gotitas de

sudor que perlaban su frente.

Buena chica aquella Margit, diablos. Y complaciente.

Lo de su timidez era un cuento. Había que verla cuando se empeñaba en demostrar que era toda una mujer.

Cuando descendieron al vestíbulo, el jefe de la policía local estaba allí. Era un tipo barrigudo, bajito, con solemnes bigotes a lo kaiser y una flor en la solapa.

—Perdone que le moleste, señor Murdock —murmuró—, pero necesitaríamos algunas aclaraciones. En primer lugar, ¿cómo supo usted que el cadáver estaba allí?

—Ya se lo he dicho. Había una especie de mensaje en la habitación. Sus hombres lo tienen.

—De acuerdo, de acuerdo… pero, ¿quién se lo dejó?

—La anterior huésped de la habitación. Se llama Norma Lawson. Y no me pregunte dónde está porque yo mismo lo ignoro.

—¿Quizá la persigue?

—Sí.

—¿Puedo saber por qué?

—Su lista de fechorías es tan grande que no cabría en la Enciclopedia Británica. Y ahora, si no me necesita urgentemente, quisiera salir de la ciudad. Después de lo que ha sucedido aquí no hago más que perder el tiempo.

—¿Le importaría volver a la estación? Quisiera reconstruir los únicos hechos que por ahora conocemos.

—No, claro que no me importa.

Los dos hombres, junto con Margit, se acomodaron en el coche de la policía. Un minuto después ya estaban en la estación, porque esta se encontraba al final de la calle principal. Dos agentes uniformados esperaban. A los dos se les pusieron los ojos como platos cuando distinguieron a Margit.

—¿Es ella la que va a meterse en el baúl, jefe?

—¿Y con qué ropa?

Margit hizo un gesto de cansancio. La verdad era que en aquel momento lo que menos necesitaba era un hombre.

—Reconstruiremos los hechos —dijo el jefe de la policía local—. A ver, sitúense aquí…

Margit siguió a Clive, que imitaba exactamente su posición cuando pidió que abrieran el baúl.

De pronto sintió clavados en su brazo izquierdo los dedos febriles de la muchacha.

—Clive...

—¿Qué ocurre?

—Ese... ese tren...

Clive Murdock miró más allá de los sucios cristales de la puerta. Miró hacia las sombras de la noche, hacia aquel extraño pedazo de vacío que parecía flotar sobre los raíles.

El pequeño convoy se deslizaba sin raído, suavemente, a lo largo de los andenes. Las luces de estos iluminaban los grandes carteles que adornaban los vagones:

«Circo Barton, el circo de la alegría».

Y más allá:

«Madame Burton, propietaria del circo». «La mujer más inquietante del mundo, la que ve los secretos más ocultos».

Y aquella cara. Aquellos ojos que, a través de las sombras, parecían contemplarles como si estuviesen dotados de vida.

CAPÍTULO III

El edificio estaba situado relativamente cerca de Nacomari, en el Estado mejicano de Sonora.

En torno a aquel edificio había existido, en otro tiempo una auténtica ciudad. Diez años antes, quizá más, hubo allí una mina.

El propietario gozaba de una amplia casa porticada, un verdadero palacio desde el que llevaba la administración de sus bienes. Los técnicos y los obreros de la mina habitaban en construcciones mucho más modestas, anejas al edificio principal.

Ahora todo aquello estaba vacío.

Todo menos la casa porticada, lo que la gente de las cercanías llamaba «la casa grande».

Los tres hombres que estaban en el interior del «jeep» la miraron desde una curva de la carretera, a través de la elefancía. La casa parecía más hermosa que nunca, más aún que cuando funcionaba la mina. Pero no se distinguía a nadie cerca de ella.

Uno de los hombres susurró:

—La tiene bien cuidada, el muy cerdo...

—Puede hacerlo. Gana mucha plata.

—Pronto va a ganar solamente para la tela que tapizan su ataúd. ¿Qué? ¿Vamos ya?

El motor del «jeep» volvió a ronronear y el vehículo pasé la curva perezosamente.

El que conducía preguntó:

—¿Vamos a alojarnos todos en la misma ciudad?

—No sería prudente.

—Entonces...

El que estaba al lado del conductor extrajo un pequeño plano de la comarca y lo desdobló.

—Yo me alojaré en Nacozari —dijo—. Tú, Frank, e Magdalena, y tú, Víctor, en Arizpe.

—¿Crees que así no llamaremos la atención?

—En absoluto.

El vehículo descendió poco a poco. Ninguno de sus ocupantes parecía tener prisa, quizá porque estaban seguros de que el dueño de la «casa grande», Pedro Wintaly no se movería de allí.

El conductor consultó:

—¿Es por aquí?

—Sí, derecho. ¿Ves aquellos cipreses? Pues ahí mismi to está metido el cementerio.

Se detuvieron ante el camposanto, que estaba cercado por una tapia blanca. La sensación de soledad era espantosa allí. El bochorno del mediodía hacía brillar de sude las caras de los tres hombres.

Empujaron la cancela y entraron.

Nunca habían estado allí, pero distinguieron con facilidad la tumba. Ocupaba el centro del cementerio y estaba cubierta por una lápida de piedra gris.

La inscripción decía:

«Isaac Wintaly.
Octubre de 1965».

Nada más, pero para aquellos tres hombres era suficiente. Ellos sabían algo que en la lápida no constaba. Sabian que Isaac Wintaly fue ejecutado en Arizona. Y que su cuerpo embalsamado fue transportado a la tierra de Méjico, donde siempre había vivido.

Ralph, el mayor y más robusto de aquellos hombres, se sentó tranquilamente junto a la tumba.

—Bueno, Frank: bueno, Víctor... Vamos a ver a quién le toca primero.

—El primero y el último —corrigió Víctor—. Porque el que tenga la suerte de cara no fallará.

—Sí, pero por si acaso...

Ralph sacó unos dados de su bolsillo. Los agitó con las manos e hizo una tirada.

Lanzó una maldición.

—Dos... Sólo dos... Parece increíble, ¿eh? No se puede concebir una tirada más baja.

—Tú quedarás para el último —dijo Víctor.

—Entonces, adiós ilusión. A ver, prueba tú.

Víctor probó. Movió los dados entre sus dos manos formando cazoleta y luego los arrojó sobre la lápida.

—¡Siete!

—Hum. Está bastante mejor. A ver tú, Frank.

Frank repitió la operación. Sus ojos brillaron al ver los puntos obtenidos.

—¡Ocho!

—Muy bien… Tú ganas.

—Lo haré esta noche. Esta misma noche.

—¿Qué arma prefieres?

—El machete.

—Siempre lo has manejad— bien, ¿eh? Hala, vamos.

Los tres hombres abandonaron el cementerio. No dirigieron una sola mirada más a la tumba de Isaac Wintaly.

Daba la casualidad —no tan casual, desde luego— de que aquellos tres hombres se llamaban Ralph, Frank y Víctor Wintaly.

Estaban allí a causa de la muerte de su padre, ahorcado un, año y medio antes.

Pero no les interesaba su tumba.

* * *

El machete brilló entre las manos de Frank. Era una hermosa pieza, de hoja sólida y flexible, como las que se emplean en los países de Centroamérica para cortar caña de azúcar.

—George estará bien protegido —dijo Ralph.

—No importa; lo conseguiré.

—¿Cómo piensas hacerlo?

—Lo liquidaré cara a cara. Quiero que se entere.

—¿No piensas que así es demasiado arriesgado?

—Puede. Pero también es más justo.

Acarició el filo del machete y miró con los ojos entornados, a causa del sol, hacia el lejano lugar en que estaba el edificio, aquella especie de palacio llamado «la casa grande».

—Lo haré esta misma noche —musitó—. Y mañana todas esas zorras que acompañan a George llorarán ante su cabeza…

CAPÍTULO IV

Clive Murdock miraba atentamente las fotografías los muertos.

Eran estremecedores aquellos rostros, aquellas expresiones donde había quedado impreso el último horror. Pero Clive los miraba con la misma indiferencia con que un sastre contempla un catálogo con las últimas creaciones de la moda.

—Kiesinger —susurró—. Este es el que apareció en aquella habitación de Glennville. Un pájaro de cuenta, una especie de asesino profesional. Trabajaba siempre en el sur.

Margit, que había cruzado las piernas, le miró desde el diván.

—A parte de matar por dinero, ¿a qué otra cosa se dedicaba?

—A perseguir chicas como tú.

Ella esbozó una sonrisa, mientras hacía más audaz la posición de sus piernas.

—¿Y además de eso?

—Se sospechaba de él que traficaba en drogas a traves de la frontera. Claro que eso es algo que nunca se pudo probar.

Miró la otra fotografía.

—Frenzel —dijo—. Este es el de Parkville.

—Veo que la forma de morir fue la misma.

—Sí. ¿Qué duda cabe? Estrangulamiento por presión de un codo humano sobre el cuello. Esa mujer, Norma Lawson, la que lo hizo, debe tener una increíble fuerza.

—No creo que se encuentren muchas mujeres así.

—No. Sólo… solo se encontrarían en un circo.

El pensamiento quedó unos momentos como afincado en la mente de Clive Murdock. Luego este hizo un gesto de indiferencia. Decidió olvidarlo.

—Frenzel —explicó— se dedicaba a las mismas cosas que su compañero. Pero tuvo mala suerte, porque había sido capturado y condenado dos veces. La última a cadena perpetua, por asesinato. Pero la Ley hace reír muchas veces.

El condenado a cadena perpetua puede salir bajo palabra a los siete

años de encierro. Eso fue lo que le ocurrió a Frenzel.

—Encontró la libertad... para morir.

—Cuando vio a Norma Lawson vio a la misma muerte.

Quien, como te decía. Kiesinger y Frenzel se dedicaban a las mismas cosas. Habían trabajado juntos, incluso, más de una vez. Estoy completamente seguro de que murieron por mismo motivo.

—¿Para quién habían hecho su último trabajo? —susurró Margit —. ¿Quién les contrató?

Clive Murdock miró la copia de la ficha que le había sido enviada desde los gigantescos archivos del F. B. I.

—En o todos los datos coinciden —susurró—. Habían trabajado para un multimillonario llamado Wintaly. Un tipo muy rico que le llamaban «El Emperador», y que vivía en el norte de Méjico, a poca distancia de la frontera de Arizona.

—¿Vive aún?

—¿Por qué? ¿Es que quisieras interrogarlo?

—Me parecería lo más lógico.

—No, no vive —dijo Clive pensativamente—. Por allí no podrás averiguar nada, muchacha. Wintaly, que era ciudadano de los Estados Unidos, fue capturado y ejecutado en Arizona. Había matado a mucha gente para proteger a repugnante tráfico.

—Pero esa gente suele ser muy precavida. Quiero decir que saben guardarse las espaldas bien. ¿Hubo pruebas contra él?

—¿Cómo no? —musitó Clive, siempre con la misma expresión pensativa—. Las pruebas, una montaña de ellas las facilitó George Wintaly, su propio hijo.

CAPÍTULO V

Frank Wintaly atravesó la gran puerta claveteada que daba entrada a la casa. Un lacayo uniformado se encontraba siempre de guardia allí. A George le gustaba vivir a lo gran señor, como había vivido su padre.

El interior de la casa era suntuoso.

Más suntuoso que antes, incluso, porque George tenía mejor gusto que su antecesor. Y había llamado a excelentes artistas y pintores para que decorasen las habitaciones y los grandes y sombreados patios que abundaban en la estancia.

Dos criados precedieron respetuosamente a Frank hasta un salón del primer piso, un lugar ultramoderno y que, por contraste con el gusto clásico de las otras piezas, parecía un rincón arrancado de un rascacielos de Manhattan.

Una muchacha muy joven se encontraba sentada allí, en el lujoso diván.

También ella parecía arrancada de un rascacielos de Manhattan. O de la portada de una revista frívola.

Con sus cabellos largos y rubios, que le caían sobre los hombros, con su minifalda increíblemente corta, a la más rabiosa moda, resultaba una maravilla viviente.

Pero el hombre que había entrado por la otra puerta no parecía opinar lo mismo que Frank. Hizo un gesto de hastío al ver a la chica allí.

—Tú, lárgate...

Ella obedeció, con los gestos temerosos de un perrito.

George Wintaly miró a su hermano. Así como Frank estaba muy desmejorado, él no. George llevaba ya un año largo dándose la gran vida. Si su padre fue «El Emperador», él merecía con mucha más razón el título.

George se había dejado crecer un ancho bigote, y su bajo y poderoso cuerpo era la imagen misma de la vitalidad, de la sensualidad y de la fuerza.

No se sorprendió al ver a su hermano. Parecía haber pensado en ello cien veces; fatalmente tenía que ocurrir.

—¿Qué has venido a hacer aquí? —murmuró.

—He venido a avisarte.

—¿De qué?

—De que pienso matarte. Sólo para eso he venido a Méjico.

George Wintaly tampoco se sorprendió. Aquellas palabras eran una cosa prevista, formaban parte de lo inevitable. Un día u otro tenía que oírlas por fuerza.

—¿Y los otros? ¿Y Ralph y Víctor?

—También han venido conmigo.

—Pero, ¿solo tú vas a intentar matarme? ¿Por qué? ¿Por qué diablos ellos no?

—Porque a mí me correspondió el primer turno. Nos jugamos la suerte a los dados sobre la lápida que cubre la tumba de nuestro padre.

Ahora sí que George pareció vacilar un poco. Sus ojos parpadearon un momento.

—De modo que si tú fallas… lo intentará otro.

—El segundo es Víctor.

—¿Y pese a todo has venido a avisarme?

—He querido que sintieras la muerte cerca. Que te dieses cuenta de que los otros tres hijos de Isaac Wintaly saben vengar la muerte de su padre.

George, que por unos momentos parecía haber perdido su sangre fría, la había recobrado ya por completo. Logró incluso sonreír.

—Sospechaba que esto tenía que llegar, pero no tan pronto —dijo—. Sólo supe con certeza que los acontecimientos se precipitaban cuando leí ese periódico. Míralo.

Era un ejemplar de «El Sol», de Méjico. Estaba sobre una mesa, abierto por la página central.

En ella aparecían tres fotos, las fotos precisamente de Ralph, Frank y Víctor Wintaly. Los titulares decían: «Tres peligrosos hermanos escapan de la prisión de Leavenworth». Y un poco más abajo: Se trata de los Wintaly, residentes en Méjico, quienes cumplían condena por tráfico de drogas.

—De modo que escapasteis… —susurró George.

—¿Tienes aún alguna duda?

—¿Dónde están los otros?

—No voy a decírtelo. No seré tan tonto como para eso.

—¿Crees que no los buscaré?

—Desde luego, pero no serás capaz de encontrarlos. Ellos conocen esta comarca mejor que tú.

George se sirvió un chorro de *whisky* e hizo una seña a su hermano.

—¿Quieres? Es escocés legítimo.

—No podría probarlo. Me sabría a sangre…

—Bueno, tú te lo pierdes. Y hablando de sangre, ¿crees que después de lo que me has dicho voy a dejarte salir vivo de aquí?

Naturalmente.

—Pareces muy seguro…

—No me matarás mientras esté en esta casa. Gracias a haber denunciado a nuestro padre y a haber sacrificado a unos cuantos elementos secundarios, te dejan tranquilo por el momento, pero tú sabes que esto es provisional. Juegas con fuego, y la policía solo necesita una prueba para caer también contra ti. Un muerto en tu propia casa sería algo demasiado comprometedor.

—¿Qué crees que haré entonces?

—Nos harás matar fuera de aquí. Tienes hombres para eso. Y simularás accidentes, o quizá los cadáveres no serán encontrados nunca.

George sonrió, mientras vaciaba su vaso.

—¿Sí, eh? ¿Y si hago una cosa más sencilla? ¿Y si tomo el teléfono y digo que un fugitivo de presidio está aquí, y además amenazándome de muerte?

—No te convendría, porque si tú tienes lengua yo también la tengo. Y explicaría a la policía muchas cosas que tú no contaste ni piensas contar jamás. Por ejemplo, que destruiste la anticuada red de distribución de nuestro padre, repartiendo denuncias por docenas y fingiendo así ser un hombre honrado, pero mientras tanto tú creabas una red nueva y más eficaz, que aún no ha sido descubierta. ¿Quieres que sepan eso?

George Wintaly no se inmutó. Sus nervios parecían ser de acero. Con expresión desdeñosa hizo una sola pregunta:

—¿Cuándo piensas matarme?

—Esta misma noche.

—¡Qué cómico eres, Frank! Si no fueras mi hermano, me reiría o llamaría al manicomio más próximo. ¿De qué modo piensas hacerlo, si no llevas armas? Tú no te has dado cuenta, pero has pasado por dos detectores antes de llegar hasta esta habitación. Y no hay ni una sola pieza de metal en tu cuerpo. Por no llevar, no llevas ni reloj.

Frank Wintaly no se inmutó tampoco. Dijo sencillamente:

—Te degollaré con un machete de los que se emplean para cortar caña de azúcar.

—¿Sí, eh? —George parecía muy divertido—. ¿Y vas a hacerlo, además, esta misma noche?

—Cuando amanezca, todas tus queridas reirán sobre tu cadáver.

Los labios de George Wintaly se despegaron apenas al decir con voz silbante:

—Vete de aquí, Frank. Vete y que el infierno te lleve.

—¿Ves cómo tienes miedo, George? ¿Ves cómo no te queda más remedio que dejarme salir?

—No irás muy lejos.

—Ya sé que intentarás matarme después de lo que te he dicho. Pero cuida de no hacerlo demasiado cerca de esta casa.

—Yo sé lo que me conviene hacer, Frank.

—Y yo lo sé mejor que tú. Yo sé lo que te conviene hacer a ti, George, condenado perro.

—¿Sí? ¿Es que vas a darme consejos todavía? Qué es lo que me conviene hacer?

—Rezar.

La palabra no gustó a George Wintaly. Después de pasar casi toda su vida en tierras mejicanas, no le daba miedo la muerte, pero en cambio sí que le daban miedo los símbolos de esta. El rezar, la presencia del ataúd, los funerales. Por unos instantes sus labios temblaron, y su entereza pareció desplomarse.

Frank lo notó. Sus labios se separaron en una sonrisa burlona.

—¿Lo ves? Ya empiezas a notar las angustias del Más Allá... Ya empiezas a sentir el sabor de la muerte, que ha de llegarte esta misma noche. Eso es justamente lo que y quería... hermanito.

Dio media vuelta y se dirigió a la salida.

George Wintaly, con las facciones congestionadas, estuvo a punto de matarle allí mismo. Era un hábil lanzador de cuchillo, y durante unos instantes se le hizo casi irresistible la tentación de

clavarle en la espalda el que siempre llevaba en una funda, en la parte posterior del pantalón. Pero se dominó.

Aquel maldito Frank Wintaly había tenido razón en algunas cosas, como por ejemplo en que no podía exponer a matarlo allí. Ni tampoco en las inmediaciones de la casa.

Desde que George «heredó» de su padre aquel «negocio», tenía que hacer constantes equilibrios con la ley. No debía dar ningún pretexto a los policías para entrar a saco en su hacienda. Acabaría con Frank y con sus otros hermanos, Ralph y Víctor, pero lo haría con astucia y en un lugar que no pudiese comprometerle.

Cuando su visitante hubo salido, él aún tenía los puños apretados y las facciones desencajadas.

Un taconeo suave, cadencioso, se acercó por su espalda.

La misma muchacha a la que antes había expulsado le acarició suavemente los hombros.

Apenas iba vestida, y sus labios rojos, su busto palpitante, eran toda una promesa.

—George… —susurró—. ¿Es que una visita estúpida va a importante más que yo, George?

Él la apartó de un zarpazo, derribándola al suelo.

—¡Fuera de aquí, zorra!

Durante unos segundos, los ojos de la muchacha, en el suelo, destilaron odio.

Pero cuando él volvió la cabeza para mirarla procuró sonreír tímidamente, sumisamente. Como si aún se lo agradeciera.

CAPÍTULO VI

E hombre que estaba ahora ante él no parecía fuerte, pero la verdad era que su aspecto engañaba.

Alto y más bien delgado, cualquiera hubiese supuesto que ee le podía vencer con cierta facilidad. Sin embargo, no era así. Donovan se había ganado la vida bastantes años practicando la lucha libre, en la categoría de los pesos ligeros. Su cuerpo, sin un átomo de grasa, poseía una flexibilidad y una fuerza increíbles. Pero esa no era su principal característica, sino la formidable cantidad de llaves y de presas, algunas de ellas mortales, que conocía.

Y una habilidad más, ignorada por casi todo el mundo: su pasmosa facilidad para seguir a un hombre, sin que su víctima se diera cuenta, y eliminarlo por la espalda.

Cuando George Wintaly lo mandó llamar, media hora más tarde, Donovan ya estaba enterado de muchas cosas.

Se presentó en el despacho de su jefe, que fumaba nerviosamente, y murmuró de buenas a primeras:

—Supongo que necesitaré mi cuchillo.

—¿Cómo sabes lo que voy a ordenarte?

—Me he enterado ya de que Frank ha estado aquí.

—¿Es que no se puede guardar un secreto en esta condenada casa?

—A Frank lo conocen bien muchos de los que aún están a su servicio, jefe. Su presencia no podía pasar inadvertida.

George se pasó un momento la derecha por sus ojos enrojecidos.

—No solo está aquí Frank, sino que también han herido Ralph y Víctor. Los cuatro hermanos Wintaly estamos otra vez en el hogar... Bonito, ¿no? Pero, al parecer, todo está preparado para que, esta misma noche, de los cuatro hermanos solo queden tres.

—¿Han venido a vengarse?

—Y a vengar a mí padre.

Donovan se limitó a decir sombríamente:

—Son gajes del oficio. Usted se hizo rico como quien dice en

una noche, jefe... También puede morir en una noche.

—Sí, ya sabía que me exponía a eso. Pero creí que no saldrían de Leavenworth en muchos años, y ya ves... Han logrado fugarse. Los tres. Los malditos ya están libres.

—Pero solo Frank ha dado la cara, ¿verdad?

—De momento solo Frank. Parece que se jugaron a los dados quién iba a tener el privilegio de matarme, y le correspondió a él. Los otros dos quedan en reserva.

Donovan sonrió.

—Y usted quiere que muera Frank...

—Por eso te he llamado.

—Todo ha de ser discreto, supongo.

—No ha de enterarse nadie. Y su cuerpo tiene que desaparecer sin dejar rastro.

—Será muy sencillo. Una vez haya acabado con él, lo dejaré en la Hondonada de los Buitres. Es allí donde esos repugnantes animalejos acostumbran a depositar sus huevos.
Hay docenas de bichos. Harán desaparecer su cadáver en menos de una hora.

—De acuerdo, Donovan. Tú te encargarás de buscarle y de acabar con él. Pero, has de hacerlo sin pérdida de tiempo. Esta misma noche.

—Puede empezar a rezar por él, jefe.

A George Wintaly le gustó la frase. ¿Qué había dicho Frank? ¿Qué rezara, no? Bueno, pues ahora se habían invertido los términos. Sería bueno que él se pusiera a rezar, pero no por sí mismo, sino por su pobre hermanito Frank—. De repente, solo aquello va le puso de buen humor.

—Tendrás cinco mil dólares, Donovan.

—De acuerdo, jefe.

Donovan se deslizó sinuosamente hacia la puerta. Era curioso: no se le oía, y parecía moverse como una sombra. El asesino ideal para matar por la espalda.

Pero, ya en la puerta, Donovan se detuvo.

—Quería preguntarle algo, jefe.

—¿Qué?

—Hubo dos hombres que murieron hace poco en los Estados Unidos. En dos ciudades cuyo nombre se parecía: uno en Glennville

y otro en Parkville.

—¿Te refieres a Kiesinger y a Frenzel?

—Eso es, jefe.

George se pasó otra vez la mano por los ojos. Le disgustaba aquel tema de conversación, pero no quería desairar por el momento a un hombre a quién había encomendado una misión tan importante.

—Sí, los dos murieron —dijo ambiguamente—. Fue una lástima.

—Los dos le habían ayudado mucho cuando ocurrió lo de su padre. Quiero decir que declararon como testigos contra Isaac Wintaly, el viejo jefe, pese a estar uno de ellos en la cárcel. ¿Usted cree que...?

—¿Qué los hayan matado mis hermanos? No, no lo creo. Cuando murió Kiesinger, el primero, ellos aún no se habían fugado de la prisión de Leavenworth. Yo más bien creo que fue una casualidad, algo...

—¿...Algo inexplicable?

George Wintaly sintió de pronto que sus músculos se tensaban. Todo su odio contenido saltó de repente. Gritó con voz colérica:

—¡Lárgate, maldito! ¡Lárgate de una vez!

Donovan se largó.

Pero George Wintaly era hombre que tomaba siempre más de una precaución. Apenas Donovan hubo salido, llamó a otros dos hombres.

Estos eran excelentes tiradores, pero no tan astutos como Donovan. Servirían solamente si el primero fallaba.

—Estad atentos por las cercanías —ordenó—. Donovan va a actuar esta noche.

—¿Contra Frank?

—¿Es que también sabéis eso?

—Todo el mundo está enterado de lo que ocurre, jefe. ¡Vivimos tan aislados!

George Wintaly decidió no hacer comentarios sobre la desagradable cuestión.

—Vuestra misión será acabar con Frank si Donovan falla. No me importa que llaméis la atención. Lo importante, en ese último extremo, será acabar con él, ¿entendidos?

—Entendidos, jefe.

—¡Pues largo de aquí!

Cuando quedó solo, George Wintaly, el súbdito del Tío Sam que había llegado a ser uno de los hombres más ricos de Méjico, se sirvió una ración doble de *whisky* y encendió un cigarrillo. Pero todo aquello no le sirvió para nada. Sus manos temblaban, y se sentía cada vez peor.

No era miedo, sino algo quizá peor.

¿Incertidumbre?

¿Quién había matado a Kiesinger y a Frenzel más allá de la frontera? Por todos los diablos… ¿Quién?

* * *

Donovan era un hombre que trabajaba bien.

El mundo de las drogas es, por naturaleza, un mundo silencioso. Cualquier delación, cualquier imprudencia, pueden arruinar negocios donde se ventilan millones de dólares.

No es extraño, pues, que de vez en cuando se produzcan «ejecuciones» secretas, muertes también silenciosas de las que no se entera casi nadie. Y de ellas se encargan hombres como Donovan.

Este dedujo que Frank no merodearía en torno a la casa buscando un resquicio para entrar. Conocía aquello demasiado bien, y sin duda ya tenía proyectado por dónde introducirse. Seguro que estaría a una cierta distancia, esperando el momento favorable.

Por eso Donovan se alejó también.

Un sitio excelente para ocultarse eran unas grutas situadas a dos millas, y cuyos recovecos poca gente conocía. Pero Frank, sí.

Donovan se dirigió hacia aquel lugar.

Por entre los nubarrones solo se filtraban algunos resquicios de luna. El aire era quieto.

No se escuchaba un susurro en la noche, cuyo silencio y cuya soledad iban metiéndose en los nervios como un maleficio.

Donovan acariciaba su cuchillo de vez en cuando.

No sabía por qué, pero se sentía menos seguro que otras veces. ¿Quizá escrúpulos de conciencia? No, él estaba seguro de que no era eso. No le importaba en absoluto matar a Frank, al que había considerado su amigo durante muchos años, si con eso obtenía un beneficio. No le importaría tampoco matar más adelante a Ralph y

a Víctor, a los que debía importantes favores. Jamás los escrúpulos habían alterado laos nervios a un hombre como Donovan.

Era otra cosa.

Una sensación sutil, incomprensible, que no tenía sentido, pero que se parecía mucho al miedo.

Donovan seguía avanzando silenciosamente a través de la noche.

De pronto se detuvo.

Sentía que se le había helado la sangre, que sus pies estaban clavados en el suelo como si fuesen de plomo.

Unos ojos enormes le miraban a través de la distancia.

A través de la noche...

Donovan estuvo a punto de lanzar un grito. Por unos instantes casi sintió deseos de correr, tal había sido su impresión al volver de repente la cabeza y encontrarse ante aquellos ojos.

Pero pronto comprendió lo sucedido, cuando los rayos de la luna se proyectaron con más claridad.

Aquellos ojos que parecían flotar en el aire pertenecían en realidad a unas facciones pintadas en un vagón de ferrocarril. Había un corto convoy, por lo visto, detenido en una vía muerta.

Donovan quedó asombrado, mirándolo.

El tren estaba formado por varios vagones de un circo. En sus costados había grandes carteles.

El que le había impresionado tanto representaba el rostro de una mujer enigmática, ya bastante mayor, bajo el cual unas grandes letras anunciaban:

«Madame Barton, propietaria del circo». «La mujer más enigmática del mundo, la que ve los secretos más ocultos».

Donovan parpadeó.

¿Qué hacía aquel circo allí? ¿Hacia dónde se dirigía? Probablemente esperaba vía libre para seguir adelante. Estaba en aquel apartadero porque debía ser más cómodo.

Dentro de algunos vagones se oía el rugido de fieras.

La voz majestuosa de los leones se mezclaba con los chillidos miserables de los chacales y las hienas.

Donovan fue caminando en silencio a lo largo de los vagones, en los que no se divisaba el menor resquicio de luz.

Pero de pronto le pareció ver algo iluminado. Una pequeña zona.

La puerta corrediza de uno de los vagones estaba parcialmente abierta.

Donovan acercó sus ojos allí, y lo que vio le hizo parpadear de nuevo, pero ahora de entusiasmo.

Veía las piernas cruzadas de una mujer. Sólo eso.

¡Pero qué piernas!

La mujer, a la que no podía ver el rostro, acababa de ponerse unas medias oscuras. Se las estaba acariciando, como si comprobara su calidad, a la luz clara y límpida de un quinqué de butano.

Donovan se sentía entusiasmado por momentos. Casi llegó a olvidar la misión —muy distinta— que le había traído hasta allí.

¡Si pudiera distinguir la cara de la mujer!

Si las facciones eran tan hermosas como las piernas, debía tratarse de un verdadero monumento.

Pero de pronto ella se retiró de su campo visual. Debía haberse puesto en pie.

Donovan comprendió que corría peligro, porque necesitaba seguir guardando precauciones por encima de todo.

Se alejó de allí.

Sus pasos resonaban muy quedamente mientras avanzaba a lo largo de los vagones. No podía apartar de su pensamiento el recuerdo de las piernas de aquella mujer.

De pronto le pareció oír una respiración a su espalda.

Algo muy leve, algo casi tan inaudible como la respiración de un pajarillo.

Pero Donovan lo captó. E intentó volverse bruscamente, mientras llevaba la mano hacia el cuchillo.

De pronto algo cayó sobre su cuello, antes de que él tuviese tiempo de girar.

Era un antebrazo humano. ¡El antebrazo de una mujer!

Donovan apenas llegó a ver el vestido que llegaba hasta el codo, y mucho menos pudo llegar a distinguir el rostro que estaba tras él. De pronto sintió como si su cuello hubiera quedado apresado en un cepo de hierro.

No llegó ni a tiempo de empuñar el cuchillo.

Donovan había oído hablar de un instrumento que se emplea

para ejecutar la pena de muerte en España y en algún país de Iberoamérica, llamado «garrote vil». En él, una argolla de hierro aprieta fulminantemente el cuello del condenado, hasta rompérselo. Hasta que queda reducido al tamaño de una moneda de diez centavos.

Algo semejante sintió Donovan en este momento. Gomo si estuviera bajo los efectos de aquella máquina.

Era increíble la fuerza de aquella mujer. ¡No podía ser! ¡Sentía lo mismo que si aquel antebrazo fuese una argolla de hierro!

Desesperadamente, intentó sujetarlo y apartarlo de su cuello. Ya no pensaba en el cuchillo ni en ningún otro gesto de defensa que no fuese el movimiento elemental de sujetar el brazo que le apresaba. De pronto jadeó, sintiendo que le faltaba el aire. Oyó un chirrido que le pareció muy lejano, pero que comprendió —con horror— que solo podía proceder de sus propios huesos.

El dolor se hizo lacerante, insoportable, hasta que algo pareció estallar en el cráneo de Donovan. Como un globo.

Los vasos sanguíneos de su cerebro acababan de reventar, pero él ya no pudo pensar en eso.

Sus rodillas cedieron.

Su cuerpo se convirtió en un fardo que ya pesaba como un muerto en los brazos de la mujer.

Esta apretó un poco más, y las vértebras cervicales de Donovan se rompieron con un chasquido.

Luego lo soltó.

Aquello ya no era más que un fardo, un sucio cadáver que había escupido sangre.

La mujer se alejó silenciosamente.

La larga falda de su vestido rozaba por el suelo.

CAPÍTULO VII

Los primeros rayos del sol alumbraron un incierto paisaje seco, casi desolado, donde solo había dos notas alegres: la magnificencia de la «casa grande» y los alegres, colores del tren del circo que se hallaba estacionado a unas dos millas de allí, en una vía muerta.

George Wintaly, que no había podido pegar un ojo. Miró aquellos primeros resplandores con expresión de alucinado.

Aquellos resplandores le tranquilizaban, porque, significaban que la noche estaba a punto de terminar. Pero el sol aún no había surgido del todo. Frank aún podía intentar matarle.

Y quizá lo haría precisamente ahora, cuando él empezase a confiarse.

Además, Donovan no había vuelto…

George sintió que temblaban sus manos.

Bebió otro trago de *whisky* y se sentó a esperar, como había hecho durante horas y horas. Al alcance de su mano, sobre una mesilla, tenía un revólver. Además, estaba en la habitación más segura, más hermética de toda la casa.

Pero aquel pensamiento le atormentaba: no lograba arrancarlo de su cerebro.

¿Por qué infiernos no había vuelto Donovan?

* * *

Mientras tanto, Frank Wintaly preparaba su golpe.

Era verdad lo supuesto por su hermano. Aguardaba hasta el último instante, hasta que este se confiara.

Ya tenía pensado por dónde entrar en la casa. Un viejo túnel arrancaba a una milla de allí. Ese túnel comunicaba con los sótanos.

George conocía también su existencia, desde luego, pero era dudoso que hubiese pensado en él. Uno piensa en todo menos en las cosas demasiado habituales, en las que conoce de toda la vida.

Fue a dirigirse a la entrada de la cueva.

Se movía con la agilidad de un simio, con la especial habilidad de un hombre que no en vano había logrado fugarse de una de las prisiones más seguras de los Estados Unidos.

Estaba ya casi apartando los matojos que cubrían la en irada cuando de pronto una voz ordenó:

—Quieto ahí, Frank. No muevas ni un músculo de tu bonita cara. Para retratarte has quedado la mar de mono.

Frank se volvió.

Dos hombres le estaban apuntando con sus revólveres Dos hombres a los que conocía de otro tiempo.

—Vosotros… —farfulló.

—El patrón nos ordenó que procuráramos echarte el ojo encima. Y ya ves, muchacho.

—¿Qué vais a hacer?

—Ante todo, preguntarte una cosa: ¿qué ha sido de Donovan?

—Yo no le he visto.

—No, ¿eh? Pues nosotros hemos encontrado su cadáver a una hondonada, no hace ni una hora. Bueno, lo que quedaba de su cadáver. Por lo visto, alguien dejó escapar un par de hienas de ese maldito tren del circo que hay ahí abajo. ¡Y qué hienas, muchacho! Del pobre Donovan no han dejado ni la hebilla del cinturón.

Frank susurró:

—Ese Donovan, ¿tenía que matarme?

—Era el que defendía al patrón. Nosotros estábamos como quien dice de reserva.

—Pues… os juro que no le he visto.

Uno de los hombres se encogió de hombros.

—Bueno, eso ya no tiene tanta importancia, después de todo. ¿Sabes qué te digo, muchacho? Que casi me alegro, Seguro que Donovan iba a llevarse una plata que ahora nos llevaremos nosotros dos.

—¿Es que… también tenéis orden de matarme?

—¿A ti qué te parece, chico?

—No seáis estúpidos… Los días de George están contádos después de todo. Aunque yo muera, quedan mis dos hermanos, y ellos no cometerán ningún error. Cuando George muera, vosotros también seréis aniquilados, mientras que… Bueno, tenéis mucho a

ganar si me ayudáis ahora. Si os ponéis de mí lado.

Los dos asesinos movieron sus cabezas casi a la vez, como muñecos mecánicos.

—Nanay, muchacho.

Los dos tenían silenciadores acoplados a sus armas. La muerte de Frank iba a ser rápida, silenciosa, limpia.

En un desesperado intento, el fugitivo de presidio intentó lanzarse hacia ellos.

Dos taponazos sonaron a la vez.

Frank quedó como contorsionándose en el aire, con las manos agarrotadas a la altura del corazón.

Una mueca de dolor se dibujó en su rostro.

Quedó a los pies de sus asesinos, uno de los cuales le clavó, casi a boca de jarro, una nueva bala en la cabeza.

Luego sonrieron.

Lo hacían todo a dúo, como hermanos siameses.

—Bueno, listos.

—El patrón estará contento.

—Habrá que llevarle el cadáver. ¿Y sabes qué es lo qué me alegra más? Haber triunfado donde fracasó Donovan.

—Estas balas que acabamos de disparar nos proporcionarán grandes beneficios, muchacho. Hala, vamos.

Iban a coger el cadáver uno por cada mano, cuando de pronto una voz metálica paralizó sus movimientos.

Quedaron materialmente petrificados.

La voz acababa de decir algo muy semejante a lo que ellos dijeron antes:

—Habéis quedado estupendos para un retrato.

Al volverse vieron a un hombre perfectamente desconocido. Tenía aspecto de auténtico campeón de «catch», aunque conservaba al mismo tiempo la elegancia de un profesor de Oxford. Llevaba un traje blanco impecable y mantenía la americana abierta, mostrando la funda axilar donde reposaba la culata de un revólver.

Ni siquiera se había molestado en sacarlo.

La confianza de aquel hombre en sí mismo debía ser pasmosa.

Los dos asesinos también acababan de guardar sus armas, de modo que estaban en igualdad de condiciones con intruso.

—¿Quién es usted? —balbucieron casi a la vez.

—Me llamo Clive Murdock.

—¿Y... qué hace aquí?

—Soy agente del F.B.I.

—El F.B.I. no pinta nada en esta tierra.

—He obtenido una licencia especial del Gobierno mejicano para investigar en este Estado.

—¿Es que pretende detenernos? ¿Está loco?

—Pretendo deteneros o mataros. Vosotros mismos podeis elegir lo que más os guste.

—Este hombre era un fugitivo de presidio... Lo hemos matado por eso.

—Además, pretendía liquidar al patrón.

—Vuestro patrón es George Wintaly, ¿no es así?

—Exacto. Y está usted en sus terrenos, de modo que...

Clive Murdock hizo un gesto suave con la mano derecha.

—Las armas, muchachos.

—Le aseguramos que...

—He dicho que las armas, muchachos...

Los dos asesinos se dieron cuenta de que aquel tipo no bromeaba.

Si los detenía y se los llevaba lejos de allí, lejos de la protección del patrón, estaban perdidos. Tenían muchas cosas que ocultar. Iban a pasarlo mal lo mismo si los juzgaban en Estados Unidos que en Méjico.

Con una sola mirada se entendieron.

Eran dos contra uno. Valía la pena luchar.

Con movimientos fulminantes, llevaron las derechas hacia sus fundas sobaqueras.

El duelo tuvo mucho parecido con los del viejo Oeste, aunque las armas empleadas fueran más modernas, y aunque las manos se movieran de otro modo. Pero el efecto, la espectacularidad, fue casi la misma. Los dos hombres lanzaron al mismo tiempo un grito mientras tiraban de las culatas.

Pero Clive Murdock contaba a su favor con una pequeña ventaja, además de su mayor rapidez y su incansable entrenamiento.

Su revólver tenía el cañón más corto. Por eso se habí adoptado aquel modelo como reglamentario en el F. B. I.

Sólo con asir la culata, ya estaba prácticamente toda el arma

fuera de la funda.

El primer disparo atravesó limpiamente la cabeza del hombre que estaba a su derecha, antes de que este lograra poner el arma en línea de tiro. El otro, con unas décimas de segundo más a su favor, consiguió apuntarle, pero no apretar el gatillo.

La primera bala, lanzada con rapidez y al bulto, para mayor seguridad de Clive, obligó a encogerse a su enemigo. La segunda, ya sobre seguro, le atravesó la cabeza al igual que a su compañero.

Los dos cayeron de bruces, en la misma postura.

También en eso habían parecido siameses.

Clive Murdock acarició suavemente su revólver. Siempre lo hacía en situaciones semejantes, como si se tratase de un viejo amigo.

Luego miró en torno suyo.

Los disparos habían sido audibles a gran distancia. En cualquier momento podía venir gente para saber qué había ocurrido.

Se alejó de allí, olvidando los cadáveres, mientras el sol emergía de una vez, majestuosamente, por encima de las montañas.

CAPÍTULO VIII

La casa estaba abandonada.

Al hacerse cargo del «negocio» que su padre tuvo que «dejar a la fuerza», George Wintaly había tomado algunas precauciones que aquel no tuvo en cuenta. Por ejemplo, comprar las escasas fincas que estaban cerca de la suya y expulsar a los antiguos propietarios.

De ese modo se aseguraba una amplia zona de soledad en torno a la «casa grande» y estaba a salvo de miradas indiscretas.

Una de aquellas antiguas fincas era la que Clive Murdock tenía ahora ante los ojos.

La casa blanca, triste. La parra que aún vivía, y cuyas hojas verdes eran la única nota de color. El porche semiderruido donde antaño debió reunirse la familia a charlar en las noches de verano.

De momento era un buen refugio.

Entró en la sala y miró el modesto catre que aún se conservaba en uno de los ángulos de esta. Se había fijado en él antes de salir de allí para llevar a cabo la inspección que produjo aquel duelo a muerte, pero ahora su aspecto era muy distinto.

Porque sobre el catre estaba tendida una mujer.

Con las manos cruzadas bajo la nuca, con las piernas una sobre otra, sin preocuparse de lo que se veía y de lo que no se podía ver, miraba a Clive Murdock pensativamente.

Este susurró:

—Hola, Margit.

—Hola, Clive.

—Supongo que debería sorprenderme al verte aquí, ¿no?

—Eso esperaba que hicieras.

Clive Murdock se sentó en un borde del catre y le acarició los cabellos suavemente.

—Tú y yo nunca hemos viajado juntos —murmuró—. Cuando yo llegué a Glennville tú ya estabas allí. A Parkville fuimos por caminos distintos y nos alojamos también en distintos hoteles. Tú llegaste a la ciudad un poco antes, ¿no?

—Supongo que sí. No me preocupé de mirar el horario de trenes.

—Y ahora te encuentro aquí —susurró Clive—. Habíamos acordado no reunimos hasta mañana.

—Es que...

Ella hizo un gesto desolado. En determinados momentos parecía una niña. Pero una niña, eso sí, con unas piernas de *vedette.* Saltó del camastro, y caminó uns instantes, pensativamente, por la vacía sala.

—Clive, yo sola tengo miedo —confesó al fin con expresión acongojada—. Reconozco que una mujer que ha seguido cursos especiales del F.B.I. para misiones auxiliares, debería tener unos nervios mucho más templados que los míos. Pero no puedo evitarlo, Clive. Esta vez creo que me estoy enfrentando a algo más fuerte que yo. Algo que es más fuerte que cualquier persona, porque roza lo sobrenatural. De verdad, te juro que tengo miedo.

El encendió un cigarrillo con movimientos calmosos.

—No hay nada de sobrenatural en esto, Margit.

—¿Tú crees?

—Claro que lo creo. El problema, en cierto modo, es sencillo. En una familia de granujas, los Wintaly, ocurre una tragedia: el hermano mayor, más granuja aún que los otros, denuncia al padre y a sus tres hermanos. Consigue hacer las cosas tan bien que el padre es condenado a muerte y ejecutado, y los tres hermanos van a parar entre rejas nada menos que a la prisión de Leavenworth, una de la más duras de Estados Unidos. Pero consiguen escapar y juran vengar al padre. Ellos, a su manera, aún son nobles Aunque tengan instintos de fiera, atacan cara a cara. Por lo visto, deben encargarse por turno de matar a George Wintaly. Si uno fracasa, lo harán los otros dos. Y el primero, Frank Wintaly, ha fracasado.

—¿Ha muerto?

—Y yo no he tenido más remedio que matar a sus dos asesinos. Vine a Méjico para evitar que eso sucediera, pero, por lo visto, he llegado con unos minutos de retraso.

Margit pareció reflexionar, mientras seguía paseando lentamente por la estancia vacía.

—Los hombres muertos en Glennville y en Parkville habían sido agentes de los Wintaly —susurró—. Tú mismo me lo explicaste.

Hasta aquí parece que no haya nada de sobrenatural en el asunto, pero las cosas cambian cuando uno piensa en Norma Lawson. No cabe duda de que fue ella la que mató a aquellos dos hombres en Estados Unidos. ¿Por qué?

—Eso no lo sé —murmuró Clive Murdock.

Y era cierto. Aquel era un punto que no había logrado descifrar aún.

—¿Ves cómo las cosas no están claras? —susurró Margit—. Y no he hecho más que hablarte del primer misterio. Queda otro.

Clive sabía a qué iba a referirse la muchacha, pero preguntó:

—¿Cuál?

Las dos veces que se produjeron crímenes vimos aquel extraño tren del circo.

—Y los ojos de aquella mujer, ¿no?

—Ojos que parecen mirar a través de la distancia. Es eso lo que más miedo me da, Clive. No consigo arrancarlos de mí recuerdo.

—¿Y si trataras de no pensar en eso?

—¿Es que tú crees que lo de haber visto los vagones las dos veces ha sido una casualidad?

—Podía serlo, ¿no? Los circos, cuando trabajan en una comarca, suelen desplazarse por todas las poblaciones de esta.

—Pero no ha sido casualidad, Clive. No, eso no se repite tres veces porque sí.

—¿Es que acaso…?

—Sí, el tren vuelve a estar aquí. En una vía muerta. Al menos estaba hace muy poco tiempo.

Clive parpadeó.

El ignoraba aún aquella noticia, que ciertamente le sumía en un mar de confusiones.

¿El circo llegó allí? ¿Por qué…?

No. Como bien había dicho Margit, no hay casualidad que se repita tres veces.

—Y han encontrado un cadáver en las cercanías —susurró ella —. Medio devorado por las hienas del propio circo. Yo sé eso porque estoy investigando por las cercanías desde hace una hora.

Clive Murdock reflexionaba febrilmente. Su cerebro trabajaba a una presión que le producía zumbidos en las sienes. Pero era inútil, no podía ligar todos aquellos confusos pensamientos.

—Iré a ver lo que ocurre —dijo—. Me gusta más trabajar en secreto que ir enseñando la placa, pero si no tengo otro remedio actuaré oficialmente. Todo esto se está complicando demasiado.

Ella musitó:

—¿Es que… vas a dejarme sola?

—Puedes acompañarme si lo deseas, aunque es mejor que sigamos separados. De ese modo, tú ves lo que yo no puedo ver, y viceversa.

—Soy un desastroso policía, Clive. Creo que nunca te serviré de nada.

—Al contrario. Tú has visto el tren del circo y el cadáver, cosas de las que yo no me había enterado aún.

—Pero ha sido por casualidad… No, nunca serviré para nada, Clive. Soy un desastroso policía.

Se acercó a él, que continuaba sentado en el camastro. Le puso una rodilla sobre una de las piernas.

—Soy un desastroso policía… pero también soy una mujer.

Sus ojos cálidos, intensos, estaban allí, a muy poca distancia de Clive. Sus labios rojos y pulposos eran como una promesa.

—Soy una mujer —musitó—. ¿O no?

El alzó las manos hasta sus caderas.

—Lo eres.

—No he olvidado lo de Parkville, Clive… ¡No podré olvidarlo nunca!

Cayó en sus brazos. Su voz se había vuelto ronca, su respiración era casi jadeante. Un momento después se besaban furiosamente.

* * *

Los camilleros no pudieron evitar una especie de náusea al colocar el cadáver sobre la lona y cubrirlo del todo. No resulta un espectáculo alentador, desde luego, ver el cadáver de un hombre medio devorado por las hienas. En cuanto a los otros cadáveres, los de Frank Wintaly y sus dos asesinos, habían sido retirados ya.

En solo unas pocas horas, en el transcurso de una noche, la muerte parecía haberse enseñoreado de aquella comarca antes tan pacífica.

Los dos policías que vigilaban la vía —de la cual el tren había

partido una hora antes— hicieron despejar el terreno a los diez o doce curiosos que se habían acercado a aquella zona semidesértica.

—¡Hala! ¡Fuera! ¡Largo todos de aquí!

Pero uno de los «curiosos» se quedó. A él ya ni le molestaron. Era un tipo alto, hercúleo, impecablemente vestido de blanco, que poco antes había mostrado una placa.

Clive Murdock observó el sombrío trabajo de los camilleros, observó la actividad de los agentes y, sobre todo, la de aquel individuo de media estatura, grueso, de ojos grises, que se había presentado allí poco antes, enseñando un carnet por el lomo y poniéndose a dar órdenes con la precisión y la autoridad del hombre que está acostumbrado a mandar. No cabía duda, además, de que aquel tipo conocía su oficio.

Clive no le interrumpió en su trabajo, porque el otro lo estaba haciendo bien y además necesitaba concentrar sus pensamientos para encontrar en todo aquello el hilo de una pista.

El individuo de media estatura, que hasta entonces no le había hecho maldito el caso, se acercó por fin a él, cuando los cadáveres hubieron sido levantados y se despejó el terreno.

El sol caía a plomo. Menos mal que estaban en noviembre.

El desconocido se llevó una mano al ala de su impecable sombrero blanco.

—Me han dicho que usted es del F. B. I. —murmuró.

—Tengo la sensación de que pronto van a expulsarme, pero de momento lo soy —dijo Clive.

—Permítame que me presente. Soy el comisario Ramírez, de Investigación Criminal. Trabajo en el Distrito Federal y solo estoy aquí accidentalmente.

—¿Por pura casualidad?

—Oh, no —el otro rio, mostrando sus sanos dientes—. Ni hablar de eso, compañero. Yo no me hubiera movido del Distrito Federal, donde se está tan lindamente, para venir a criar sombra a la frontera. Simplemente ocurre que aquí está la casa de los Wintaly. ¿O no les ha oído nombrar?

—Claro que les he oído nombrar. ¿Está aquí para investigar sobre ellos?

—Y tanto. Traigo una orden de registro.

Se la mostró. Clive vio que estaba perfectamente en regla, que

no estaba dirigida a ninguna persona en particular, sino que autorizaba «a la policía» a entrar en la casa de los Wintaly. Eso facilitaba mucho las cosas.

—De modo que ya sospechaban de George —susurró Clive.

—Claro que sí… Desde el primer día. Él se las da de muy honrado, pero no engañaría ni a un chino ciego. Que se dedica al mismo cochino negocio que su padre es cosa clara, y lo único que nos falta es probarlo. Por eso pedí, antes de venir aquí, una autorización para registrar la casa.

—Me parece una medida muy prudente. Creo que es usted un hombre que sabe por dónde va, Ramírez.

El otro sonrió, halagado al parecer.

—Desgraciadamente, no tengo aquí ayuda de nadie. Ya ve… Sólo hay dos agentes en toda la zona. Por eso me gustaría contar con su ayuda.

—Los dos investigaremos lo mismo, de modo que es lógico que actuemos juntos.

El otro le miró astutamente. No, no era tonto aquel individuo, que parecía tenerlo todo en cuenta.

—Ya que quiere ayudarme, le haré unas preguntas. Hemos encontrado el cadáver de Frank, uno de los fugitivos de Leavenworth. Lo sabe, ¿no?

—En efecto.

—También hemos encontrado los cadáveres de los lombres que lo asesinaron.

Seguía mirándole astutamente. Clive Murdock resolvió decir la verdad.

—Los maté yo. Se negaron a ser detenidos.

—Caramba… —el otro arrugó el ceño—. Eso complica algo las cosas. Puede que usted necesite prestar declaración en la capital.

—¿Sería indispensable?

—Quizá sí, a los solos efectos de que el expediente pueda cerrarse legalmente… Pero es lástima, porque si usted se va de aquí ya no averiguará nada. Y yo también saldré perdiendo, al quedarme solo.

—No quiero líos con las autoridades. ¿Qué se podría hacer?

—Tengo una idea… —Ramírez sonrió otra vez—. Por el momento, nada me impide declarar en el atestado que esos dos

individuos han sido muertos por un desconocido. Mientras George Wintaly no presente una denuncia, la cosa quedará así. Y ya veremos si se atreve a presentarla…

—La idea es buena —reconoció Clive.

—Entonces estamos de acuerdo.

—Hay algo más. ¿Qué se ha hecho del tren que estaba en esta vía muerta?

—¿El del circo? Se largó al amanecer, tras capturar a las hienas que se habían escapado. Por supuesto, creo que debieron ver u oír algo, y que su actitud es muy extraña. Como han vuelto a detenerse a unos veinte kilómetros de aquí, pienso interrogarlos.

—Opino que eso es muy urgente —susurró Clive—. Se han dado ya demasiadas casualidades con ese tren. Tanto que empiezo a dudar de que sean casualidades solamente.

—Lo malo es que también lo del registro corre prisa… —reflexionó Ramírez—. Hay que atrapar a ese Wintaly por sorpresa o no conseguiremos nada. ¿Quiere que dividamos el trabajo?

—Sería una buena táctica —accedió Clive.

—Usted va a registrar la casa de George Wintaly y yo atrapo a ese tren. Esta misma noche tendremos resultados concretos creo yo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

La orden de registro pasó al bolsillo de Clive.

Este miró hacia la distancia, hacia donde suponía que estaba «la casa grande».

Ya casi ardía en deseos de entrar allí. Debía haber muchos misterios.

Y muchas mujeres…

CAPÍTULO IX

George Wintaly no parecía afectado en absoluto por los últimos sucesos. Y en realidad no lo estaba.

Habían muerto tres de sus hombres, pero también había muerto Frank. Él se ahorraba, además, la recompensa que prometió a Donovan. Sus tres sicarios muertos eran fácilmente sustituibles, mientras que ningún otro Frank vendría a molestarle.

Quedaban Ralph y Víctor, pero esos caerían también.

Por eso estaba casi alegre cuando Clive Murdock se presentó en la casa.

—¿Qué quiere? ¿Registrar esto? ¿Es a causa de haber muerto algunos de mis hombres? No hay que hacer caso de eso. Debió ser un «ajuste de cuentas». Quizá tenían a espaldas mías algún asuntillo de contrabando entre un lado y otro de la frontera...

—Puede que sea por eso, pero puede ser también por otras cosas —dijo ambiguamente Clive—. ¿Quiere acompañarme mientras registro? Está usted en su derecho.

—Le acompañaré. Oh, por supuesto que sí... ¡Ah! Le ruego que no se extrañe si ve por aquí... algunas señoritas.

—¿Están por su voluntad?

—¡Indiscutiblemente! ¡Puede preguntárselo si quiere!

Clive le hubiera partido con gusto la boca a aquel tipo, pero se aguantó. Tal como estaban las cosas, no podía permitirse ni un gesto brusco ni un solo fallo.

—La casa es muy grande. ¿Por dónde quiere empezar? —Por las buhardillas.

—Es extraño... Allí no hay más que viejos recuerdos.

—Los recuerdos me gustan —susurró Clive.

Subieron. Las buhardillas eran viejos cuartuchos achicharrados por el Sol, donde se amontonaban objetos de todas clases, desde libros hasta viejos gramófonos, pasando por mantas apelilladas para los peones, revistas, trajes Viejos e instrumentos de música.

Clive Murdock lo revisó todo.

Poco era lo que llamaba la atención allí. Trastos y más trastos...

Únicamente atrajo sus miradas con cierta insistencia una caja de madera sobre cuya tapa había unos cuantos muñequitos de marfil, adosados a la misma.

Iba a tomarla en sus manos cuando de pronto oyó a sus espaldas la voz de George Wintaly.

—¡No la toque!

Clive se volvió, sorprendido. La verdad era que no había esperado aquella reacción. Pero aún se sorprendió más al ver las facciones desencajadas, los ojos llameantes del otro.

—¿Qué ocurre? —musitó.

—Na... nada.

—Pues se ha alterado usted mucho, señor Wintaly. ¿Qué es esta cajita?

—Algo muy sencillo. Una hucha... Una alcancía. Como esas cajas en que los niños guardan sUs ahorros.

—Pues no veo que sea para alterarse tanto.

—Es que... perteneció a «Chiquita».

—¿Quién es «Chiquita»?

George se pasó un pañuelo por la frente, para retirar las gotas de sudor que habían brotado de esta.

—Veo que usted no conoce la historia. Era un viejo asunto. Una cosa de mí padre.

—¿Qué sucedió?

—Nada... —George rio sordamente, ahora que había pasado su momento de nerviosismo—. Quizá usted no lo crea, pero mi padre era un sentimental a veces. Hasta los seres más cínicos tienen sus debilidades.

—Yo tengo una idea formada de su padre, señor Wintaly —dijo Clive Murdock—. He estudiado su caso. Merecía la muerte, pero en muchas ocasiones demostró nobleza.

—Bueno, quizá fuera esa la razón por la que recogió a «Chiquita»... —musitó George, todavía algo confuso—. «Chiquita» fue el nombre que dimos a aquella niña abandonada en la frontera. Nadie tenía idea de quiénes podían ser sus padres, aunque por el aspecto de la pequeña se adivinaba que debían ser gringos. Habría muerto de no ser por mí padre, él la recogió y la trajo a esta casa. Hace de ello unos veinte años... —rio nerviosamente—, ¿cómo pasa el tiempo, verdad? Nos ordenó que fuese tratada como una hermana

y así sucedió, diantre... y junto a nosotros se hizo una mujer.

Clive Murdock susurró:

—¿Cuándo se fue de esta casa?

—Hará unos ocho años, cuando tenía diecisiete. Era preciosa, ¿sabe? Preciosa. Pero aún la llamábamos «Chiquita».

—¿Y qué tiene que ver eso con la caja que he estado a punto de tocar?

—Nada, nada en cierto modo. Pero es que esta hucha perteneció a «Chiquita». Sólo ella sabía abrirla. ¿Vio esas figuras pegadas a la tapa?

—Claro que sí.

—Moviéndolas, suena una música. Y hay que acertar con la melodía para que la caja se abra, sino es imposible. Y por eso no se ha abierto, desde que «Chiquita» marchó.

Clive Murdock sopesó pensativamente aquel objeto en sus manos. Pesaba muy poco; casi con seguridad el interior estaba vacío.

Pero sus ojos eran duros y penetrantes cuando preguntó:

—¿Por qué le ha afectado tanto el recuerdo de aquella muchacha?

—No sé... Ha sido algo impulsivo. No he podido evitarlo. Todo lo suyo me interesa.

—¿Era bonita?

—Mucho. Muy bonita.

—Señor Wintaly —preguntó Clive con facciones que parecían talladas en piedra—. ¿Consiguió usted algo de ella?

George palideció.

—¿Por qué pregunta eso?

—Es algo sin importancia. No me conteste si no quiere.

—No, no conseguí nada, de ella. Ya le he dicho que "«Chiquita» era como una hermana para nosotros". Pero confieso que a mí me interesaba de otro modo.

Clive Murdock manipulaba la caja. Oprimiendo las figuras brotaban los sonidos, pero estos eran desacordes. Había que conocer muy bien aquello para que brotara una melodía. Una melodía que, en virtud del movimiento de las piezas hiciese alzar la tapa…

Al fin la dejó.

—Bien... —dijo—, tome la caja. La cuestión no tiene

importancia después de todo.

—¿Le gusta ese objeto? —preguntó inesperadamente George.

—Reconozco que es curioso. ¿Pero por qué me lo pregunta?

—Quédese con él. Se lo regalo.

—No admito obsequios —dijo ásperamente Clive.

—Pues entonces entiérrela. No sabía que eso estaba e el desván. Llévese la caja y líbreme de mis malditos re cuerdos. No quiero ver nada que me haga pensar de nuev en aquella muchacha.

Clive Murdock volvió a sopesar la caja.

—Está bien. Eso es distinto. Quizá la entierre, señor Wintaly... junto a algún cadáver.

Y salió de la habitación. Sabía que ya nada importante iba a encontrar en aquella casa.

El registro no le proporcionó pruebas. Se adivinaba, se intuía que el centro del tráfico de drogas hacia Arizona y California estaba allí, pero nada de lo que Clive encontró hubiera podido demostrarlo ante un tribunal.

El tráfico de drogas se hundiría en cuanto George Wintaly se hundiera también, acusado de asesinato.

¿Conseguiría pruebas para una acusación en regla?

Clive Murdock empezaba a dudarlo. Quizá por eso cuando salió de la casa tres horas más tarde, su rostro en como una impenetrable máscara.

* * *

George Wintaly le había pedido que enterrara aquella caja porque quería librarse de sus recuerdos. Y Clive Murdock le había creído.

Hasta el más miserable asesino puede tener momentos de extraordinaria sinceridad, y George había tenido uno de ellos.

Clive estaba convencido de que el actual «emperador» había estado sufriendo desde que «Chiquita» se hizo mujer. De que la había deseado como un loco en las noches ardorosas de Méjico, y de que muchas tardes, a la hora de la siesta, le habría parecido ver recortarse su figura en las paredes blancas del dormitorio. La pasión de George Wintaly habría estado hecha de silencio, habría sido amarga, dolorosa e inútil.

Podría tener a muchas mujeres, pero nunca a —«Chiquita».

La autoridad del padre se interponía en sus deseos. «Tiene que ser para vosotros como una hermana». Y Clive Murdock imaginaba a George tascando el freno de su pasión y teniendo que contentarse con mirar a la muchacha de lejos, o como máximo atacándola cuando estuvieran solos, pero sin resultado. Hasta que «Chiquita» desapareció y él decidió librarse de sus malditos recuerdos.

Clive volvió a sopescar la caja.

Tenía que estar vacía.

Por un momento pensó en enterrarla efectivamente, como el otro le había pedido, pero al fin se desprendió de ella depositándola en el tronco hueco de un árbol. Y decidió olvidarla también.

Fue a la ciudad y comió con Ramírez, quien le explicó sus gestiones en el circo. Luego, a la caída de la tarde, Clive regresó solo a la casa abandonada donde sabía encontraría a Margit.

En efecto, ella estaba allí, tendida en el camastro como la otra vez. Y también tenía cruzadas las piernas.

No se movió al ver a Clive. Sólo sus ojos, ligeramente vidriosos, se posaron en él.

La piel dorada de la muchacha parecía vibrar de pasión. Sus labios palpitaban.

—Clive... Te estaba esperando.

Él se sentó junto a Margit y le acarició los cabellos, las mejillas y el nacimiento del cuello. Pero su expresión era reconcentrada y ausente; sin duda estaba pensando en otra cosa.

—¿Qué te ocurre, Clive?

—No he descubierto ninguna prueba en casa de George Wintaly, pese a haberlo registrado todo bien. Por otra parte, he conocido a un inspector de la policía mejicana, un tal Ramírez. Él ha investigado en ese extraño tren que transporta a la gente del circo.

—¿Y ha conseguido averiguar algo?

—Nada importante. La propietaria del circo ha dicho que se escaparon unas hienas, cosa que ya había ocurrido otras veces, y que cuando las fueron a capturar descubrieron que estaban devorando un cadáver reciente. Según esa mujer, no pensaron que pudiera tratarse de un asesinato, sino más bien de un accidente. Por ejemplo alguien que se hubiera desmayado, o que hubiese dado un resbalón, golpeando su cabeza contra una piedra. Las hienas atacan

también a personas dormidas o sin conocimiento. Entonces decidieron apartar el cadáver de allí o, para no tener compromisos, largarse cuanto antes.

—Pero eso es ocultación de delito... —susurró Margit—. También se les puede acusar.

—Una acusación así no tendría demasiada importancia —murmuró Clive—. Lo que buscamos no es que castiguen a alguien con tres meses de arresto, sino algo mucho más importante. Ramírez mismo ha creído que era mejor no complicar las cosas, y ni siquiera los ha denunciado.

Margit asintió con un leve movimiento de cabeza.

—A su modo tiene razón. Lo que se ventila es mucho más importante que la ocultación de un delito para sacudirse responsabilidades de encima. —Suspiró con desaliento—. De modo que estamos igual que antes...

—No. Yo he averiguado algo muy importante.

Margit tensó su maravilloso cuerpo. La posición de su falda se hizo más descuidada todavía.

—¿Qué? —musitó.

—¿Qué dices...?

—Sé que Norma Lawson vivió en casa de los Wintaly.

—Sí. Ellos la llamaban «Chiquita».

—¿Y por qué razón vivió allí?

—Al parecer, Norma Lawson fue una niña abandonada cerca de la frontera. El viejo Wintaly, que luego había de ser condenado a muerte y ejecutado, se compadeció de ella y la recogió, llevándola a su casa. Entonces sus cuatro hijos eran todavía unos muchachuelos, y el viejo pidió que la pequeña fuera tratada como una hermana. Así ocurrió más o menos hasta el momento en que ella, hará unos ocho años, desapareció de la casa.

Hizo una pequeña pausa y añadió:

—Cuando a ti te encargaron buscar a Norma Lawson, ella había cometido unas raterías sin demasiada importancia. Aparentemente el asunto era sencillo, pese a que, por una serie de circunstancias, tuviera carácter de delito federal. Luego nos pareció en Washington que Norma Lawson podía estar relacionada de algún modo con el tráfico de drogas en la frontera, y por eso me enviaron a mí. Entonces fue cuando comenzó lo peor: fue cuando empezaron los

crímenes.

Margit se había sentado junto a él, le mirada intensamente, con las manos plegadas sobre el regazo y los ojos muy quietos.

Dijo con suavidad:

—Nunca tuvimos la menor duda de que los había cometido Norma Lawson. ¿Pero por qué?

—Eso es lo que me gustaría saber con certeza —susurró él—, aunque empiezo a barruntar algo.

—¿El qué?

Clive Murdock se puso en pie. El aspecto concentrado de su rostro indicaba que estaba sumido en profundas reflexiones. Al fin se encogió de hombros.

—De momento no puedo aclarar nada. Mejor será que yo mismo haga alguna investigación en ese circo.

—¿No dices que ha estado allí el policía mejicano?

—Sí, pero temo que algunas cosas se le hayan pasado por alto. Estoy seguro de que ahí se encuentra una clave, algo que puede descifrar el sentido de muchas cosas. Además, suponiendo que Norma Lawson matara también a Donovan, ¿dónde puede ocultarse?

Margit parpadeó, sorprendida e incrédula.

—¿En aquellos vagones...?

—Eso es lo quiero saber, muchacha. Y quiero empezar a averiguarlo inmediatamente. Antes de que el sol se ponga...

* * *

Clive Murdock estaba bien lejos de imaginar en aquellos momentos que aquella investigación le llevaría a hacer un descubrimiento marginal y a correr una de las aventuras más macabras de su vida.

Todo empezó con el vuelo de aquellos buitres.

Clive había caminado a través de la montaña, por tortuosos caminos vecinales, porque tenía interés en conocer la comarca bien. Se enfrentaría a gente que la conocía palmo a palmo, y no podía estar en desventaja con respecto a ellos.

Los buitres sobrevolaban a gran altura la zona desértica.

Clive llevaba mirándolos bastante rato, tratando de averiguar el

lugar adonde se dirigían. Pronto comprendió que los buitres estaban recibiendo el impulso de una poderosa llamada. La existencia de un Cadáver —de un hombre o de un animal— hacía que se concentraran todos en el mismo sitio. Además lo hacían con seguridad, como si aquellos parajes fueran, por decirlo así, el centro de sus repugnantes actividades.

Parecía como si todos los buitres de la frontera se hubiesen concentrado en aquel lugar.

Clive resolvió averiguar qué era lo que les llamaba la atención. Incluso llegó a olvidarse de los vagones de ferrocarril que transportaban el circo. ¿Qué buscaban aquellos buitres? ¿De quien diablos era el cadáver que ya debían estar devorando?

Desde lo alto de una roca, el joven distinguió entonces lo que en la comarca se llamaba «La hondonada de los buitres», aunque él desconociera por el momento su nombre.

Era un gigantesco hoyo rocoso y bien guarnecido por peñascos, donde al parecer numerosas familias de buitres construían sus nidos. Para las crías, aquel era un lugar protegido y además rodeado de peñascos desde los que los buitres adultos podían otear el horizonte.

Si alguien moría allí, era completamente seguro que su cadáver desaparecería en muy pocas horas.

Con un gesto de repugnancia que no pudo disimular, Clive contempló desde su observatorio, el macabro festín que se estaban dando aquellos pajarracos negros. Se castigaban con sus alas, se picoteaban furiosamente y clavaban sus zarpas en el cuerpo que se estaban disputando, para que nadie les pudiera arrebatar su ración en la macabra presa. Sus chillidos y el aleteo de sus negras alas resultaban espeluznantes.

Clive se hubiera alejado gustosamente de allí a no ser porque descubrió algo que le heló la sangre en las venas.

Lo que los siniestros, pajarracos se estaban disputando no era el cadáver de un animal, sino el de un hombre.

Y aquel hombre no habría ido a parar allí por casualidad. Alguien había arrojado su cuerpo a la hondonada, precisamente para que los buitres lo hicieran desaparecer.

Clive Murdock no lo dudó un momento.

A pesar del peligro que aquello representaba, saltó de roca en

roca hasta llegar a la hondonada.

Los buitres le vieron. En lugar de huir giraron rabiosos hacia él, decididos a atacar a aquel intruso que perturbaba su festín.

Comprendió que no los ahuyentaría si no era con disparos. Extrajo su revólver y tiró contra tres de ellos, atravesando sus cabezas. Los blancos eran difíciles, porque las cabezas de los buitres tienen un tamaño muy pequeño. Con un siniestro batir de alas, los alcanzados cayeron con las zarpas al aire. Los demás emprendieron un lento vuelo, lanzando horrísonos chillidos.

La soledad, aquel ambiente y los rayos ya mortecinos del sol, llegaban a helar la sangre en las venas.

Clive saltó ágilmente hasta el centro de la hondonada. Ahora veía con claridad lo que los buitres se habían estado disputando.

Era el cadáver de un hombre.

Debía llevar bastantes horas allí, quizá desde el amanecer, porque ya no quedaba apenas nada de su cuerpo. Lo que los buitres se habían estado disputando eran las pocas vísceras que aún quedaban entre los huesos. El trágico festín debía haber durado horas y horas.

Clive Murdock, acostumbrado a ver muertos de todas clases, trató de examinar a este con serenidad.

Pero no podía evitar un cierto nerviosismo, y hasta sentía en la garganta el principio de una náusea.

El cuerpo que ahora tenía ante los ojos debió pertenecer a un hombre de mediana estatura, corpulento y fuerte. Sus huesos eran sólidos. A juzgar por la calcificación de estos y la leve curvatura ya insinuada en las piernas, debió tratarse de un hombre relativamente grueso y de media edad. Ninguna otra cosa podía descubrirse, porque prácticamente había sido devorado del todo.

Clive buscó sus zapatos y los jirones de ropa.

Hasta los zapatos habían sido brutalmente picoteados para descubrir los pies del muerto. Pero, por lo que se veía de ellos, podía apreciarse que se trataba de un calzado fino. No era, pues, un habitante del campo, de la frontera, sino un tipo de ciudad.

Esta impresión se veía confirmada por los jirones de ropa que se hallaban esparcidos aquí y allá. Era tela de calidad, la que usaría una persona elegante e incluso distinguida.

¿Cómo un tipo así había ido a parar a la «Hondonada de los

buitres»?

No, desde luego, por su voluntad. Alguien le había llevado hasta allí. Y lo había liquidado, arrojando su cadáver para que este desapareciese de una manera eficaz, barata y segura.

Clive Murdock reflexionó intensamente, tratando de adivinar lo que aquello significaba.

Estas reflexiones le hicieron distraerse de otro problema; le hicieron olvidarse del macabro lugar en que se hallaba.

Por eso no oyó el brusco aleteo que se produjo a su espalda. El buitre había planeado silenciosamente hasta unos dos metros de distancia, lanzándose entonces rabiosamente.

El instinto de los animales es a veces tan certero coreo una inteligencia humana.

Lo primero que el buitre buscó no fueron sus ojos —lo que además hubiera representado atacarle de frente—, sino su mano derecha armada. La mano entre cuyos dedos aún reposaba el revólver.

Cazado por sorpresa, Clive no pudo evitar un gesto de dolor. Su mano se abrió de un modo instintivo, mientras de ella brotaban varios surcos de sangre. El revólver cayó a tierra.

Como si eso hubiera sido una señal, varios buitres se lanzaron entonces al ataque desde las rocas cercanas.

Clive giró sobre sí mismo, comprendiendo que si permanecía quieto estaba perdido. Manoteó, tratando de espantar al grupo de zarpas y de picos afilados que se tendían hacia él.

Mientras hacía retroceder a los que le atacaban de frente, otro se posó materialmente sobre su espalda.

Clive adivinó la repugnante presencia, y con un gesto de horror logró ladear la cabeza cuando el pico, afilado como un cuchillo, buscaba su nuca. El buitre, que no había podido sujetarse bien con las uñas, resbaló a lo largo de la espalda del joven mientras lanzaba un espantoso chillido. Su pico rasgó la americana de Clive como si esta hubiera sido de papel.

El joven comprendió que estaba perdido. Si llegaban a picotearle los ojos o la nuca... ¡quedaría destrozado en unos pocos momentos!

¡El mismo se había metido en su propia tumba! ¡Y ya no iba a poder salir de allí!

¡Si lograra sujetar el revólver de nuevo! ¡Si pudiese disparar!

Tenía que intentarlo o ya no habría salvación para él.

Se inclinó ágilmente. Llegó a rozar con sus dedos el revólver…

¡Y entonces resbaló! ¡Perdió el equilibrio al tratar de esquivar la acometida de un buitre!

Los chillidos se volvieron ahora espantosos y triunfales a la vez. Los buitres habían comprendido que tenían su presa segura. Desde todas partes, desde los más lejanos puntos del horizonte, empezaron a batir alas negras en busca de su víctima.

Los picos se tendieron ansiosos hacia el rostro de Clive. Docenas de ojos diminutos y crueles —ojos que parecían inyectados en sangre— le miraron desde unas pulgadas de distancia.

Mientras se cubría el rostro con las manos, contorsionó frenéticamente las piernas, poniendo en juego toda su habilidad de luchador. Parecía como si de su cuerpo hubieran brotado unas aspas de molino. Los buitres que ya estaban prácticamente encima suyo, recibieron aquellos inesperados golpes y se alejaron cobardemente, lanzando graznidos.

Pero otros buscaban su cara. Le estaban atacando ya.

Las manos de Clive no eran más que un manantial de sangre.

El pensamiento de que, si desfallecía, iba a convertirse en algo semejante al cadáver que tenía junto a él, le daba fuerzas. Ahora fueron los brazos los que se movieron como aspas. Los buitres que atacaban por aquel lado se alejaron también, pero Clive sabía que aquello era solo una tregua. Volaban a muy baja altura y sin duda volverían a atacarle de un momento a otro.

No era hambre lo que tenían aquellos espantosos pájaros, sino algo que los hacía mucho más temibles: tenían miedo. Clive Murdock no podía ignorar que estaba en el lugar donde cuidaban de sus crías, y todos los animales, por defenderlas, redoblan su salvajismo.

Tendió la mano hacia el revólver y logró sujetarlo. Vio entonces también algo más.

Estaba junto al cadáver, casi rozando su mondada cabeza. Y vio en los huesos de esta un orificio que no había sido causado por la caída ni por el ataque de un buitre, sino por el impacto de una bala.

Ya no cabía la menor duda de que se trataba de un asesinato.

Pero Clive no podía entretenerse pensando en eso, porque el ataque de los buitres recomenzaba.

Con un chillido salvaje, el primero de ellos se lanzó contra su cara. Murdock le trituró la cabeza de un balazo a corta distancia. Otros dos buitres, movidos por la fuerza de la inercia, siguieron cayendo también hacia él, Clive movió la derecha y acreditó una vez más su fama de tirador infalible.

Dos nuevas cabezas saltaron hechas pedazos por los aires.

Por un momento se consideró salvado. Fue a hacer un nuevo disparo para alejar definitivamente a los buitres que aún giraban a muy baja altura.

¡Y entonces se dio cuenta de que había agotado sus seis balas!

¡No tenía tiempo de recargar!

Dos nuevos buitres se lanzaban ya al ataque, como si hubieran adivinado su problema, cuando de pronto sonó aquel otro disparo. Fue el seco y ronco estampido de una «Luger».

Los buitres chillaron otra vez siniestramente y se dispersaron, reuniéndose, sin embargo, a muy poca distancia de allí, entre unos peñascos, mirándole con ojos que parecían despedir llamas.

Clive pensó:

«Menos mal… Alguien me ha visto en apuros y ha acudido en mi ayuda…»

El disparo se repitió.

Y de pronto Clive quedó helado, mientras instintivamente daba un brinco en el aire.

¡No trataban de ayudarle!

¡Lo que querían era acabar con él!

¡Su desconocido enemigo había esperado a que lo destrozaran los buitres, y al ver que Clive lograba recuperar su revólver había resuelto eliminarle por la vía rápida!

Durante unos breves segundos que le parecieron una eternidad, Clive Murdock vivió toda la intensidad de su inesperado drama.

No podía lanzarse hacia las rocas, donde estaría protegido, porque allí le esperaban los buitres. Y no podía permanecer quieto allí porque el de la «Luger» le cribaría.

En realidad ya debía estar apuntándole fríamente para acabar con él.

Se dio cuenta de que ahora estaba más perdido que nunca. Al menos antes había podido defenderse. Ahora nada podía intentar.

Lo que más le horrorizó fue pensar que, después de muerto,

dejarían su cadáver allí para que, como al otro, lo destrozaran los buitres.

Y fue en ese trágico momento, cuando trataba de acostumbrarse a la idea de que, después de todo, de algo hay que morir, cuando oyó el sonido más inesperado del mundo:

¡El rugido de un león!

* * *

En el primer instante, Clive creyó que estaba soñando. Hasta cerró un momento los ojos, creyendo que la bala le había alcanzado y él empezaba a vivir ya las alucinaciones de más allá.

Pero no. Todo aquello no era un sueño, sino pura realidad. El león casi le rozó al pasar junto a él con una velocidad meteórica. El disparo de la El disparo de la «Luger» volvió a oírse, pero la bala salió terriblemente desviada.

Sin duda el asesino tenía miedo. Y trataba de huir.

Pero no. Todo aquello no era un sueño, sino pura realidad.

¡Porque el ataque del león iba dirigido a él!

¡La fiera se lanzaba hacia las rocas desde las que habían disparado poco antes!

Los buitres también se dispersaron al ver a aquel animal para ellos desconocido, pero cuyo aspecto indicaba que era poco amigo de bromas. Sólo uno intentó atacarle, al ver que se acercaba a uno de los nidos, y el león lo destrozaba materialmente de un zarpazo.

Clive ni siquiera respiraba.

Estaba tan asombrado como si acabara de descubrir que todo aquello era un sueño.

El león trepó a las rocas y luego descendió, lanzando gruñidos. Era evidente que ya no veía al hombre a quién tenía que perseguir, y estaba desorientado.

Una voz gritó:

—¡Dick! ¡Dick, ven aquí...!

Clive se volvió, más asombrado aún. Porque lo que acababa de oír era una voz de mujer.

Parpadeó.

¡Y qué mujer, infiernos!

Debía tener unos veintitrés años. Vestía una blusa muy ceñida y

solo servía para realzar aún más la exuberancia de su busto. Los *shorts* que la cubrían de caderas para abajo, eran asombrosamente minúsculos. Unas largas, perfectas y tentadoras piernas comenzaban allí y terminaban en unas botas de media caña. La imagen de aquella mujer, que además tenía golosos labios y rasgados ojos, hubiese mareado a los mismos buitres, caso de que estos hubieran tenido paciencia para quedarse mirándola.

Resultaba increíble —e incluso peligroso— que una mujer tan bonita fuese por aquellas tierras desiertas, donde podían asaltarla. Claro que... ¡cualquiera se atreve a piropear a una mujer cuando esta lleva a un león por acompañante!

«Dick», el rey de la selva que por unos momentos se había transformado en rey de la frontera, se acercó man sámente a su dueña.

Clive suspiró con alivio.

No dudaba ni por un momento de que aquel león pertenecía al circo. Y la muchacha también.

Entrecerró los ojos para mirarla mejor, mientras sentía una especie de vacío en el pecho. No necesitó ni cinco segundos para identificarla.

Claro que, por si le quedaban algunas dudas, ella misma le dio su nombre.

—¿Qué le ocurre, amigo mío? ¿Qué hace aquí? Yo me llamo Norma Lawson...

CAPÍTULO X

Mientras ella le curaba hábilmente las manos, vendandoselas de modo que no se vieran privadas de movimientos Clive Murdock la contemplaba fijamente.

Era una de las mujeres más hermosas que había visto en su vida. Ya es sabido que Clive tenía el defecto de que la más hermosa siempre se lo parecía la última que había conocido, pero en esta ocasión la cosa no tenía vuelta de hoja.

Norma Lawson era una auténtica maravilla.

Resultaba mucho más guapa, infinitamente más apetecible que en las frías y demasiado técnicas fotos que se empleaban para identificación en los archivos del F.B.I.

Además, aquellas fotos, las únicas que Clive había visto, no mostraban su cuerpo. No se adivinaba en ellas ni las maravillosas piernas desnudas, ni la línea rotunda de las caderas, ni el busto palpitante.

Estaban en uno de los vagones del circo, estacionado muy cerca de donde había tenido lugar el tiroteo.

—Aquí estamos expuestos a ser heridos por los animales —explicó ella— y por eso siempre tenemos fuertes desinfectantes a punto. En su caso aún es más peligroso; los picos de los buitres que le hirieron habían estado antes en contacto con un muerto.

—Sí, pero se trataba, por fortuna, de un cadáver muy reciente —suspiró él—, y sin síntoma alguno de putrefacción. De todos modos, después de esta cura, estoy seguro de que ya no corro ningún peligro.

Ella sonrió, terminando de vendarle.

—No se quite estos vendajes en dos días. Pero mientras podrá mover las manos perfectamente.

—¿Por qué apareció por allí de repente? ¿Cómo pudo salvarme, Norma?

—Siempre doy un paseo con «Dick» al anochecer. Es mi león preferido, y me quiere mucho. Un paseo le tranquiliza.

—¿Trabaja usted en el circo?

—Mi papel tiene muy poca importancia. En ese caso lo único que vale… Bueno, lo único que vale son mis piernas. Entro en la jaula de los leones, y el domador hace que salten por encima mío. Algunos de ellos me rozan con sus dientes, y el público… bueno, el público se pone a rabiar. A veces brotan en los graderíos verdaderos alaridos de angustia.

—Los que más gritan son los hombres, ¿verdad?

—Pues… en efecto.

—Yo sospecho que es que quisieran ponerse en lugar de los leones —susurró Clive.

Ella sonrió, mostrando en su boca, quizá un poco grande, pero sensual, la doble fila de perfectos y regulares dientes.

—Bueno… —murmuró—, yo sospecho que también. Pero reconozco que, desde el punto de vista artístico, mi papel tiene muy poca importancia. Eso mismo lo haría una vieja, y lo único que pediría el público sería que los leones se la comieran pronto.

Clive Murdock la miró intensamente. La miró con casi dolorosa fijeza.

Se preguntaba si ella le habría reconocido ya. Si sabría que era el hombre encargado de perseguirla.

—¿Hace mucho que está en el circo, Norma?

—Dos años.

—¿Tiene para usted alguna significación el nombre de «Chiquita»?

Ella parpadeó.

—¿«Chiquita»? Pues… no.

—¿Nunca la han llamado así?

—Nunca.

Clive se encogió de hombros, con desaliento.

—Claro, comprendo su respuesta. ¿Qué otra cosa me podía decir?

Ella se enderezó un poco. Su busto se hizo entonces más poderoso, más agresivo.

—¿Por qué me pregunta eso? ¿Cree que me conviene ocultar algo?

—En este caso, sí que le conviene.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Clive Murdock. Soy agente del F.B.I.

Ella se irguió un poco más. Por un momento todos sus músculos se tensaron. Dio la sensación de que sus hermosas piernas se preparaban para saltar.

Pero al fin exhaló un suspiro de desaliento.

—Los hurtos que cometí en Estados Unidos… —suspiró—. Bueno, fue una mala época… Pero no creí que por ellos me persiguieran durante tanto tiempo.

—Fue por algo más grave. Se la suponía ligada a los traficantes de drogas entre Méjico, Arizona y California.

—Yo he conocido a mucha gente. Gente de todas clases… Es muy posible que entre ella hubiera traficantes de drogas.

Clive apretó los labios. La verdad fue que para él casi resultó doloroso tener que decir:

—Pero ese último cargo tampoco hubiera importado demasiado. Lo peor ha sido lo de los crímenes. Es usted la mujer más peligrosa que ha pisado el norte de Méjico, Norma. Y haga lo que haga, a partir de este momento, no le quepa la menor duda de que tendrá que pagar.

Ella le miró como si no comprendiera. De pronto le pareció a Clive una mujer distinta, una mujer dispuesta a defenderse, a luchar. Terriblemente peligrosa.

Pero antes de que Norma hablara, fue él quien musitó:

—De todos modos hay algo que no puedo olvidar, y es que le debo la vida. Ante todo he de pagar mi deuda.

—¿Qué quiere decir?

—Huya, Norma. Quiero darle una oportunidad.

—¿Una oportunidad para cazarme luego?

—Quizá consiga luego atraparla, quizá no. Lo único que sé es que no podría entregarla ahora fríamente a las autoridades de la frontera, para que con toda seguridad la condenasen a muerte.

Ella arqueó una ceja. Su mirada fue casi de desafío.

—Pero… —empezó a decir.

Fue en aquel momento cuando la puerta del vagón se abrió y cuando entró una mujer.

Fue en aquel instante que Clive vio por primera vez, en directo y cara a cara, los misteriosos ojos de madame Barton, que hasta entonces solo había podido ver pintados en los vagones que

transportaban el circo.

CAPÍTULO XI

Madame Barton llevaba un largo vestido casi negro, cuya falda se arrastraba en parte por el suelo.

Clive ya había notado esa tendencia general de las adivinas y las *médiums,* tendencia que les lleva a querer tener el aspecto un poco misterioso de mujeres de otra época. Esta no era una excepción. Su maquillaje también resultaba un poco *fin de siécle.* Los extremos de sus mangas estaban adornados con blondas, y debajo de estas aparecían las manos inesperadamente nudosas, rudas y fuertes.

Madame Barton aparentaba tener unos cincuenta años de edad.

—¿Qué ocurre? —musitó—. ¿Quién es este hombre, Norma?

Norma no se sorprendió ante la irrupción de aquella mujer, que al fin y al cabo era la propietaria del circo.

—Es un policía —contestó—. Un agente del F.B.I.

—¿Y ha venido por lo del cadáver de esta mañana? ¿Para una cosa que ocurre en territorio mejicano también envían a agentes del Tío Sam?

—No he venido por lo del cadáver —musitó Clive—. Es que... he tenido un accidente y Norma me ha ayudado.

—¿Qué clase de accidente?

—Ha ido a parar a un lugar que llaman la Hondonada de los Buitres. Pudo haber muerto.

Madame Barton le miró fijamente. Sus ojos parecieron atravesar el cráneo de Clive Murdock, leer sus pensamientos. Este se sintió algo intranquilo, porque la verdad era que en aquel momento estaba pensando en una cosa muy poco seria.

O muy seria, según como se mire.

En las piernas de Norma Lawson.

—Sea bienvenido —dijo al fin la mujer—. Si quiere quedarse esta noche a descansar aquí, puede hacerlo. Tenemos alguna litera libre.

—Desgraciadamente tengo mucho trabajo en esta comarca —rechazó él—. Han ocurrido demasiadas cosas extrañas en las

últimas horas. ¿Adónde se dirigen?

—A Ciudad de México, pero es posible que demos antes unas cuantas representaciones por aquí. Estamos en tratos con un empresario, y mientras tanto la compañía descansa. Trabajamos demasiado en los últimos tiempos, cuando estábamos en el suroeste. Arizona fue para nosotros un verdadero suplicio en ese sentido, porque no descansamos ni un solo día. Pero el dinero ingresó en abundancia.

—¿Usted qué hace exactamente?

—Adivino el porvenir.

Clive sonrió.

—¿Sería capaz de adivinar quién asesinó al hombre que las hienas casi devoraron luego?

—De modo que ese asunto le interesa, ¿eh?

—No lo niego.

—Pues siento decepcionarle, amigo. Yo adivino el porvenir, pero mis ojos no sirven para ver el pasado.

—Entonces quizá podrá decirme si lo descubriremos o no. Y en qué lugar.

—Diríase que tiene usted fe ciega en los adivinos —dijo madame Barton con voz opaca—, cuando en realidad debiera usted saber que nuestro trabajo es más bien una técnica. Aparte de algunos trucos, lo que más nos ayuda es una gran capacidad de análisis y de concentración. Muchas cosas de las que preguntan los espectadores pueden contestarse por pura lógica. Unos detalles ligan con otro, y siempre una pregunta está relacionada con la que acaba de hacer otro miembro del público. Eso permite seguir la línea de pensamiento del que pregunta, y nos ayuda muchísimo. Pero lo que es adivinar, adivinar, eso no me ha ocurrido nunca. —Lanzó una risita seca y áspera, mirando a Clive—. Siento decepcionarle y romper la fe que quizá usted tenía en el circo, amigo mío.

Clive miraba sus manos.

—El hecho de comprender lo que la gente piensa ya es una pequeña maravilla —susurró él—, y valdría la pena pagar la entrada solo por eso. ¿Pero siempre ha hecho lo mismo?

Madame Barton sonrió orgullosamente.

A pesar de sus ojos enigmáticos, a pesar de su vida misteriosa, tenía, como todos los artistas, su rincón de vanidad. Clive

comprendió que su pregunta le había gustado.

—Lo que hago ahora es de menor categoría —susurró ella—, porque los años no pasan en balde, y no tengo la fuerza y la agilidad que tenía antes. Claro que usted debía ser muy joven entonces, pero quizá me oyó nombrar. Trabajaba con el nombre de «Princesa Negra». Era la mejor trapecista de Estados Unidos. Y había aprendido a tener con el antebrazo una fuerza sensacional. Doblaba las más gruesas barras de hierro.

Para demostrárselo, rodeó con su antebrazo la larga palanca metálica que servía para asegurar la puerta del vagón. Presionó, tirando hacia sí, y la barra fue cediendo lentamente.

Clive Murdock había contenido la respiración.

En su frente acababan de nacer unas gotitas de sudor.

—Claro que esto no puedo hacerlo ya todos los días —susurró ella—, sino solo excepcionalmente. ¿Pero qué le pasa, amigo? Parece muy alterado…

Clive lo estaba.

Pensaba en lo que hubiese podido ocurrir sí, en lugar de la palanca de hierro, hubiese habido otra cosa bajo el antebrazo de la mujer.

Otra cosa. Por ejemplo el cuello de un hombre.

CAPÍTULO XII

Ralph arrojó con cansancio las cartas sobre la mesa.

En solo unas pocas horas, parecía haber envejecido. Diríase que estaba cansado, derrotado, pero, sin embargo, en sus ojos seguía brillando algo así como una negra ilusión, como una chispita de fiebre.

—Tú —dijo suavemente.

Víctor Wintaly encendió un cigarrillo sin que su mano temblara.

Pocas horas antes habían conocido la noticia de la muerte de su hermano Frank. Era el primer fracaso, era el resorte que ponía en movimiento la cadena. Ahora le tocaba a Víctor.

Por eso habían establecido tres tumos. Porque sabían, precisamente, que el primero y segundo hombres podían fracasar.

Víctor se puso en pie y abandonó sin una palabra la sencilla habitación de la pensión en que se alojaba Ralph, y donde los dos habían acordado reunirse.

El probaría suerte aquella misma, noche, pero ao lo haría con un cuchillo, como su inocente hermano Frank. Él tenía algo mucho más eficaz y mucho más moderno.

Fue hasta el «jeep», que estaba estacionado en la pequeña plaza, y montó en él, perdiéndose entre las Curvas de un camino vecinal cuando ya sobre los campos habían empezado a insinuarse las primeras sombras de la noche.

Todos los campesinos que estaban en la plaza cuando el subió al «jeep», lo habían reconocido. Todos sabían, además, para qué había venido allí.

Pero nadie avisaría a las autoridades ni diría una palabra. El apellido Wintaly inspiraba demasiado respeto. Además aquel era un asunto de familia, un ajuste de cuentas que solo a los interesados afectaba.

Saliendo de una cerrada curva, Víctor se adentró entre la espesura de un desmonte. Detuvo el «jeep» y lo dejó oculto allí. Entonces abrió la caja de herramientas.

Muy bien disimulado bajo unos trapos manchados de grasa, había un objeto dividido en tres piezas.

Víctor las tomó amorosamente en sus manos y las unió con cuidado. El resultado fue un temible fusil lanzagranadas, el último modelo que usaba el ejército norteamericano en fase experimental, y tan moderno que aún no había sido adoptado oficialmente por el Pentágono.

Víctor sonrió.

Aquello estaba muy bien. Pero que muy bien.

Esperó a que las sombras cerraran por completo, y entonces salió de la espesura, dirigiéndose a la «gran casa».

Tras una roca se parapetó, aguardando pacientemente.

Tendría que pasar así la noche. Hasta que saliera de nuevo el sol, no podría hacer nada.

Pero era un procedimiento seguro.

El conocía muy bien las costumbres de su hermano George.

Cuando el sol saliera, cuando sus rayos aún no picaran con exceso, George saldría a la terraza superior a tostarse un poco. Quedaría allí, con los ojos cerrados, feliz y quieto como una tortuga.

Víctor casi se mordió los labios de placer, pensando en el momento de la explosión.

La metralla de la granada abarcaría toda la terraza. Sembraría la muerte de un lado a otro. George no solo no tendría la menor probabilidad de sobrevivir, sino que además quedaría destrozado.

Lo único malo era que su muerte resultaría demasiado rápida, y según como sucedieran las cosas, casi indolora.

Pero algún defecto había de tener aquel sistema, pensaba Víctor. No iba a ser perfecto.

Aguardó pacientemente durante toda la noche.

Eran los momentos en que, dentro de la casa abandonada, Margit susurraba al oído de Clive:

—¿De veras has encontrado a Norma Lawson? ¿Y no la has detenido?

—Después de lo que te he explicado, tenía que darle una oportunidad.

—¿No será que también te gusta?

—Bueno, pues... Yo creo que... ¡ejem! Te prometo que por una mujer vieja y tuerta habría hecho igual.

—Adivino que te gusta... Bueno, peor para ti. Te prometo que si mañana la vuelves a encontrar no tendrás fuerza ni para mirarla...

Y buscó lentamente los labios del hombre.

* * *

Víctor sintió en sus ojos los primeros rayos del sol. Sonrió como si saludase a un viejo amigo.

«Ahora... —pensó—. Quizá cinco minutos, diez...»

Fueron quince.

George Wintaly, fiel a su costumbre, apareció en la terraza con gesto somnoliento, sin más ropa que un pequeño *short,* y se tendió para que el sol acariciara su cuerpo. Lo malo fue que esta vez apareció también una muchacha con la que sin duda había compartido las últimas horas.

Los dos quedaron uno junto al otro, con los ojos cerrados, dejándose acariciar por el tibio sol. Como la terraza estaba resguardada del viento, la temperatura debía ser muy agradable.

Víctor apretó los labios mientras empotraba la granada en la boca del cañón.

Tendría que destrozar también a la chica. Tendría que hacer que se mezclara la sangre de los dos.

Bueno, peor para ella.

Víctor Wintaly no era, por supuesto, ningún ángel.

Calculó cuidadosamente las distancias y el ángulo de caída. Los mecanismos del rifle eran perfectos. Comprendió que la granada, si no caía materialmente encima de los dos cuerpos, estallaría tan cerca que no habría para George posibilidad de salvación.

Apretó el gatillo.

El fusil produjo un estampido seco, un estampido demasiado sonoro para lo que Víctor hubiera deseado. En la paz de la mañana, aquella especie de taponazo gigante pareció multiplicarse por cien. George y la muchacha abrieron los ojos.

George Wintaly no vio nada en el primer momento. Sólo la tranquilidad del cielo azul.

Pero la muchacha, con vista más aguda, descubrió aquel objeto pequeño y negro que iba a caer sobre ellos. Precisamente la semana antes había visto una película en que el héroe, un valiente oficial,

sufría en una trinchera un bombardeo de los morteros enemigos.

¡Y las granadas caían así! ¡Justamente como lo que ella estaba viendo ahora!

—¡Cuidado! —aulló.

George Wintaly reaccionó instantáneamente.

Lo hizo con su brutalidad y con su cobardía habituales. En unas fracciones de segundo se dio cuenta de lo que iba a ocurrir.

Calculó que la granada caería a dos metros a su izquierda.

Instantáneamente abrazó a la muchacha y la hizo caer hacia aquel lado, protegiéndose tras ella. Prácticamente su cuerpo quedó tapado del todo por la carne femenina.

En aquel momento la granada estalló. Sólo por centímetros se equivocó George en sus cálculos.

La explosión pareció dejarle sordo. Sintió un espeso sabor a sangre llenándole la boca.

Pero eso significaba que estaba vivo. Eso significaba que la granada no le había causado más daño que los leves efectos de su onda expansiva.

Por contraste con el estampido anterior, el silencio parecía ahora tan absoluto y brutal como el de un desierto.

Y ese silencio fue roto por el grito de odio de Víctor Wiataly.

George lo oyó perfectamente. Retiró sus manos del cuerpo de la muchacha, que estaba completamente acribillado por la metralla.

Una expresión de sufrimiento se marcaba en el hermoso rostro femenino.

Pero ya estaba muerta, ya no sentía nada.

George Wintely la apartó con desprecio, como se aparta un trasto inútil que ya no sirve para nada.

Mientras tanto, Víctor, que se había dado exacta cuenta de la situación, repitió su grito de odio. E inmediatamente cargó en el cañón del fusil una segunda granada.

Ahora ya no tenía que calcular distancias ni ángulos de tiro. Ahora solo había que apretar el gatillo.

Pensó que la segunda granada aún podía destrozar a George antes de que este llegara a la salida de la terraza.

Por su parte, George también se había dado cuenta del peligro. Corrió desesperadamente hacia la puerta donde nacían las escalerillas que llevaban al piso inferior.

Pero no podría llegar a tiempo. La granada siempre sería más rápida.

Víctor Wintaly fue a cerrar el dedo sobre el disparador, y en ese momento la ráfaga de metralleta hizo estremecer todo su cuerpo.

¡Le estaban acribillando por la espalda! ¡Alguien tiraba sobre él a sangre fría, a menos de diez metros de distancia!

Aún intentó disparar, pero las fuerzas le fallaron. Tuvo un espasmo mientras daba una vuelta completa sobre sí mismo. Vio fugazmente la cara del tipo que le estaba acribillando y de pronto todo se volvió rojo. Las balas le habían olado la cabeza.

El de la metralleta emitió una risita sorda.

George Wintaly se había detenido en el centro de la terraza, al oír los disparos. Acababa de presenciar la escena.

Hizo un expresivo gesto de complicidad a su subordinado. Este le devolvió el saludo.

Pero en realidad aún estaba asustado, pensando en lo que pudo haber sucedido.

Le habían encargado vigilar aquella zona, y sin embargo Víctor Wintaly logró introducirse por allí. Había sido un fallo suyo, un fallo que pudo decidir al patrón a liquidarlo sin remedio. Menos mal que se apercibió a tiempo, al oír la explosión de la granada. Menos mal que llegó a salvarle la vida...

Colgó la metralleta de su hombro y dio una vuelta por los peñascos para llegar a la parte trasera de la casa.

Estaba satisfecho. No había duda de que el patrón le recompensaría por aquello.

De pronto una voz susurró cerca de él:

—¿Tiene prisa, amigo?

El de la metralleta volvió la cabeza bruscamente, como si hubiera escuchado el silbido de un reptil. Y quedó paralizado al ver la figura de aquel hombre alto, vestido con pantalón y camisa blancos, y cuyos músculos poderosos se marcaban bajo la tela liviana.

Aquel hombre llevaba un revólver remetido entre la camisa y el pantalón. Y le miraba con una expresión que parecía entre divertida I sardónica.

—¿Quién... quién es usted?

—Me llamo Clive Murdock.

—¿Y qué quiere?

—He visto todo lo que sucedía. Por casualidad, claro. Por simple casualidad... A mí no me gusta meterme en la vida de nadie.

El de la metralleta repitió sordamente:

—¿Qué quiere?

—Necesito una cosa muy sencilla: un testigo.

—¿Un testigo para qué?

—Para que diga ante un tribunal todo lo que sabe acerca de George Wintaly.

El de la metralleta apretó los dientes.

—¿Está loco? —dijo a continuación—. ¿Cree que alguien va a declarar contra el patrón?

—Va a hacerlo usted, amigo.

—¿Yo, eh?

—¿Qué prefiere? ¿Hablar o callar?

—Callar.

Clive Murdock sonrió pacíficamente.

—Bueno, pues ya que lo ha elegido usted mismo...

Movió el brazo derecho con velocidad de pesadilla, justo cuando el otro intentaba poner nuevamente su metralleta en línea de tiro.

El cañón bajó hasta enfilar casi el cuerpo de Clive Murdock; el dedo se cerró sobre el gatillo.

Pero no llegó a apretarlo.

Clive tiró una vez, una sola ves, secamente y a la cabeza. Vio dibujarse con inusitada claridad un tercer ojo en la cabeza de su enemigo. Este boqueó, hizo un gesto de asombro, y soltó la metralleta. Enseguida aquel gesto fue sustituido por la expresión crispada de la muerte.

Clive sopló en el cañón del revólver y lo guardó otra vez entre la camisa y el pantalón.

—Tú mismo has dicho que querías callar —susurró—. Está bien. Pues calla, amigo...

Se alejó de allí, porque era evidente que pronto se «animarían» los alrededores. Mientras se deslizaba por entre las rocas...? esquivando los caminos, pensaba febrilmente en lo sucedido.

De los cuatro hermanos Wintaly solo quedaban dos: George, «el emperador», y Ralph. No cabía duda de que el segundo aún intentaría un desesperado esfuerzo para matar al primero.

Los hermanos Wintaly, a excepción de George, eran a su manera hombres de honor. Habían jurado vengar al padre y lo harían aunque ello les costase la piel. En realidad, dos de ellos ya se la habían dejado por el camino.

Clive pensó que su obligación era evitar nuevas muertes inútiles.

Ya que él carecía de autoridad para detener a nadie en Méjico, tendría que pedir al comisario Ramírez que hiciese dos cosas: la primera, detener a Ralph Wintaly y entregarlo a las autoridades norteamericanas de la frontera. La segunda, detener también a George, acusado de asesinato. Él había visto a uno de sus hombres disparar contra Víctor. Aunque luego alegaran defensa propia, de momento la detención paralizaría las actividades de los traficantes de drogas. Y él podría entrar a saco en la organización y hacer que mucha gente cantase óperas enteras, con todo lo que sabía.

Sabía que a Ramírez no iba a poder encontrarlo de momento. Por eso decidió resolver mientras tanto otro asunto que también le tenía inquieto.

Fue a la vía muerta donde el día anterior estaban estacionados los vagones del circo.

Cosa extraña, el convoy se había alejado ya hacia la cercana estación. Posiblemente iban a actuar en las cercanías, como había dicho madame Barton. Sólo quedaba un vagón solitario, en cuyos carteles había dibujados leones y serpientes.

«¡La emoción del circo llega!

¡Peligrosas fieras en acción!»

Clive se acercó a la puerta.

La apartó a un lado y miró hacia el interior. Vio una pequeña habitación donde había un tocador, un lavabo, un depósito de agua y una cama plegable de madera clara. Había también unas cuantas cajas que contenían utensilios del circo. Y una mujer.

Clive Murdock miró a Norma Lawson tendida en aquel lecho, a medio vestir, mirándole fijamente.

Parpadeó.

Los ojos de la muchacha parecían atravesarle también, penetrar en sus pensamientos.

—¿Qué te ocurre? ¿Tienes miedo?

—¿Tu qué crees?

Ella sonrió levemente.

—Los hombres suelen impresionarse ante mí. Y, cosa extraña, tengo menos éxito que muchas mujeres feas. Los hombres se asustan un poco cuando me ven; piensan, quizá, que por fuerza he de estar comprometida. En el fondo son tímidos. ¿Tú también lo eres?

—Podría darte bastantes referencias en sentido contrario —susurró Clive.

—Pues acércate… Esta vez no tengo el león…

El pasó al interior del vagón.

La temperatura era agradable allí, porque las ramas de un frondoso árbol proporcionaban sombra al techo.

Norma Lawson era una mujer diabólica, era una mujer tan hermosa que parecía despertar, además del deseo, un oscuro instinto dormido.

Uno hubiera deseado besarla brutalmente, besarla hasta beber la vida en su boca.

—¿Por qué has venido? —susurró ella.

—Quería saber si te habías marchado ya.

—Como ves, no lo he hecho.

—¿Y los otros? ¿Dónde están?

—Van a actuar en la ciudad más próxima. Tienen un buen contrato para una semana, mientras en Ciudad de México se empieza a hacer propaganda de nuestra llegada.

—¿Por qué no has ido con ellos? ¿Es que tú no actúas?

—La primera función no se da hasta esta noche. Mientras tanto… yo te esperaba.

Se puso en pie. Era alta, majestuosa. Era casi tan alta como Clive Murdock.

—¿Por qué me esperabas, Norma?

—Quería decirte que estoy dispuesta a que me detengas.

—¿Te das cuenta de lo que eso significa?

—Sí.

—Una acusación de doble asesinato…

—Yo no maté a aquellos hombres.

Una levísima sombra de decepción pasó por el rostro de Clive Murdock, aunque ella no lo notó. Clive siempre había admirado a los hombres y mujeres valientes, aunque hubiesen cometido un delito. Había pensado que Norma Lawson era una persona de esa clase, pero ahora se daba cuenta de que no.

Lo único que ella quería era confundirle. Hacerle caer en una trampa tal vez.

—Si lo confesaras, tal vez yo podría ayudarte, muchacha. Debe haber circunstancias atenuantes en todo eso.

—No los maté, Clive.

El cerró un momento los ojos.

Pasaba por su memoria la imagen de la noche anterior. La imagen de madame Barton torciendo, con su antebrazo, una barra de hierro.

—¿Acaso mató alguien por ti? —susurró.

—¿Qué quieres decir?

—Tal vez alguien que te quiere mucho hizo lo que tú, de todos modos, pensabas hacer.

—¿Te refieres a madame Barton?

—Supongamos que sí.

Ella rio con una risa triste y un poco áspera.

—Madame Barton no me quiere. Jamás haría nada por mí, y mucho menos matar a alguien. Casi te diría que me odia.

Clive Murdock parpadeó, sorprendido. La verdad era que no había esperado aquella extraña confesión.

—Por eso, cuando el circo se halla estacionado en una ciudad, yo no duermo en él —susurró Norma—. Me siento mucho más cómoda en un hotel. Y madame Barton también se alegra de que me vaya.

—¿Quizá por eso estabas en un hotel, lo mismo en Glennville que en Parkville?

—Sí; efectivamente, allí estuve en hoteles.

—¿Por qué madame Barton no te quiere junto a ella?

—Me tolera porque yo cumplo una misión en el circo. En efecto, no es tan fácil encontrar a una mujer joven y con buenas piernas que se meta en la jaula de los leones. Pero en realidad me detesta; ella quisiera que otra persona estuviese en mi lugar.

—¿Quién?

—Alguien a quién amó. A quien quiso con un cariño limpio y con toda su alma.

Clive Murdock sujetó los brazos de la muchacha. No se dio cuenta de que lo hacía.

El suave calor de la carne femenina llegó hasta sus venas, hasta

su sangre.

—¿A quién te refieres? ¿De quién hablas?

—La verdad es que no lo sé con certeza —dijo ella, haciendo un gesto de desaliento—. Madame Barton evita hablar de ese tema, y los viejos del circo también. Fue alguien que trabajó aquí.

—Una mujer, supongo.

—Sí, una mujer que se parecía a mí.

—Y ella debió marchar, ¿no? Y madame Barton odia ver a otra en su sitio.

—Creo que aproximadamente es eso lo que ocurre.

—¿Cómo se llamaba esa muchacha?

—No lo sé. Incluso ignoro qué edad tenía.

—¿Te das cuenta de que todo lo que me dices es muy inconcreto?

—Sí… Claro que me doy cuenta.

—Si al menos me dieras un nombre, un dato real, yo podría orientar mis pesquisas en otro sentido, pero tú no lo haces. Al contrario, hablas de un ser que quizá no ha existido nunca. ¿Te das cuenta de que tengo derecho a pensar que lo único que pretendes es desorientarme?

Ella parpadeó, un poco confusa.

—No esperaba que creyeras eso —susurró.

—Te haré una pregunta más concreta. ¿Pudo madame Barton matar para ayudarte a ti?

—No, eso no. Ya te he dicho que me odia en el fondo, aunque se porte correctamente conmigo.

—Entonces tú eres la única sospechosa, Norma, y vuelve a repetirte lo que te dije ayer.

—¿Qué me dijiste, Clive?

—Huye. Si luego te atrapo, mala suerte para ti. Pero tú me salvaste la vida y yo he de darte una oportunidad.

—Me he quedado porque no quiero huir, Clive.

—¿Cuál es la razón?

Los labios de Norma Lawson se entreabrieron.

¿Era aquello lo último que habían visto dos hombres antes de morir? ¿Eran aquellos labios rojos, turbadores y palpitantes? ¿Aquellos ojos apasionados y profundos?

—¿No lo adivinas, Clive? —musitó—. ¿No comprendes aún cuál

es le razón de que no haya querido irme?

Fue un gesto instintivo, casi inesperado, pero Heno de violencia. De pronto Norma Lawson se encontró en los brazos de Clive Murdock; de repente se sintió besada. Y en lo profundo de sí misma supo adivinar, intuir, lo que podían ser la embriaguez, la pasión y la locura. Supo una verdad elemental, y era que deseaba ser besada más y más.

—Esperaba que esto llegara —jadeó—. Sabía que tenía que llegar…

Clive Murdock posó sus labios en el cuello de la mujer, en sus mejillas, en los lóbulos de sus orejas y otra vez en su boca.

Hasta que de pronto aquella voz rompió el encanto, el magnetismo del momento.

Una voz que decía suavemente:

—Ya sé que este es un asunto de dos, pero espero no molestarles demasiado…

CAPÍTULO XIII

Clive se volvió sin demasiada prisa. Comprendía que ya era inútil intentar emplear su arma.

Creyó que le amenazaría alguno de los sicarios de George Wintaly, a causa de haber eliminado él a tres de ellos, pero la verdad fue que se llevó una buena sorpresa.

El que le estaba amenazando con una «Parabellum» del nueve largo era, desde luego, un Wintaly; pero se trataba de Ralph.

Clive soltó a la chica.

—¿Qué quiere? —susurró.

—Necesito a la chica.

—¿Para qué?

—Para que me ayude.

Clive Murdock rio sombríamente.

—No sé si se habrá dado cuenta, pero hasta ahora no he hecho más que ayudarle, amigo.

—Esto es distinto.

—¿Qué diablos pretende?

Los ojos de Ralph Wintaly estaban enfebrecidos. Eran como dos bolas de fuego.

—Quiero que esa muchacha me ayude a entrar en la casa de George.

—¿De qué modo?

—En la casa hay una puertecilla por la que entran a veces muchachas de la población. Un lugar muy discreto.

Clive no contestó. Tenía en la boca un sabor a repulsión, un sabor amargo.

—La puerta da a un pasillo que lleva directamente a las habitaciones privadas de George —susurró Ralph—. Sólo lo guarda un hombre.

Clive tampoco respondió.

—Si una mujer tan bonita como esa llega hasta allí y llama —continuó Ralph—, diciendo… cualquier cosa… Diciendo, por

ejemplo, que pide trabajo. Bueno, si eso sucede, George la hará pasar sin dificultades. La puertecilla se abrirá.

—¿Y usted qué?

—Yo estaré al acecho. Entraré después de ella. Pegado a su espalda.

Clive Murdock escupió lentamente al suelo del vagón.

—A otro perro con ese hueso, amigo. Si quiere vengarse de George, hágalo solito.

—Quiero vengarme de George y lo haré del modo que he dicho.

La «Parabellum» en sus manos era, desde luego, un «argumento» de los que convencían. Clive Murdock se dio cuenta de que no tenía más remedio que actuar.

Se encogió de hombros. Durante unos segundos dio la sensación de que se declaraba vencido.

Y de pronto su pie derecho proyectó hacia delante, con una fuerza y precisión realmente extraordinarias, la alfombrilla que ocupaba el centro del vagón, para darle un aspecto más acogedor y ocultar las tablas descamadas.

Mientras la alfombrilla volaba, él se inclinó, haciendo inclinarse también a la muchacha.

La bala de Ralph, salió alta por lo tanto. Atravesó el lugar donde sus cabezas habían estado hasta unos segundos antes.

El mayor de los Wintaly quedó ciego por unos segundos. Trató de sacudirse furiosamente la alfombrilla que le había caído encima.

Cuando lo consiguió, ya un hábil puntapié le había hecho volar la pistola.

La «Parabellum» saltó por los aires y cayó al exterior, cerca de la vía. Clive fue a sacar su «38» para arrestar a Wintaly.

Ahora podía hacerlo sin necesidad de autorización, puesto que se trataba de un caso de defensa propia.

Sin embargo, Wintaly no se estuvo quieto. Era un zorro viejo, había luchado durante toda su vida y sabía lo que iba a suceder. Cuando Clive llevaba la derecha hacia la culata, él tendió el brazo y le sujetó por uno de los tobillos, tirando brutalmente hacia delante.

Clive Murdock lanzó una imprecación, mientras caía de espaldas. Notó que Wintaly tiraba de él, sin soltarle el tobillo.

Ya no quiso sacar el revólver.

Puestos en aquel plan, prefería convencer a Ralph Wintaly con

sus propios argumentos.

Movió la otra pierna y propinó un terrible punterazo al mentón de su enemigo. Este vaciló.

Abrió los brazos, intentando mantener el equilibrio.

Clive Murdock saltó del vagón con las piernas por delante. Hizo con ellas una terrible presa en el cuello de Ralph Wintaly.

Este lanzó un alarido.

Los dos hombres rodaron fuera del vagón, sobre el polvo, y la llave de Clive se deshizo.

Por el contrario, fue Ralph el que logró cazarle ahora. Un punterazo en el bajo vientre hizo estremercer al federal, que durante algunos segundos pareció perder el mundo de vista.

Ralph se lanzó sobre él.

Su mano derecha, armada de una piedra, golpeó salvajemente la cabeza de Clive.

A este le pareció que su cerebro se hundía. Vio miles de estrellas en sus ojos.

Caso de ser mayor la piedra, habría terminado con él. Pero afortunadamente era pequeña y no llegó a romperle el frontal.

Lo único que consiguió fue despertar del todo en Clive el instinto de lucha. Se dio cuenta de que aquella era una pelea a muerte. Ralph Wintaly, al fin y al cabo un fugitivo de presidio, no se detendría ante ningún escrúpulo.

Su brazo derecho se disparó como una catapulta.

Ralph, que estaba materialmente sobre él, recibió el impacto en el mentón. Abrió los brazos y cayó hacia atrás lanzando un alarido.

Clive no le dio descanso.

Con una ágil pirueta se puso de rodillas. Su enemigo estaba ante él en parecida posición, vacilando todavía. Un cruzado al pómulo lo envió a tierra, mientras su boca se convertía en un manantial de sangre.

Clive masculló:

—Bueno, creo que ahora podremos hablar razonablemen...

No pudo terminar.

La bala pasó rozando materialmente sus cabellos y le hizo sentir en todos los huesos el frío de la muerte.

Se pegó a tierra con un gesto maquinal. Otras dos balas pasaron altas y picotearon en la madera del vagón.

Ralph Wintaly también se había pegado a tierra y miraba asombrado delante suyo.

Cinco hombres armados de rifles avanzaban hacia ellos. Los cinco iban vestidos de un modo muy similar, enteramente de blanco.

Ralph mascullló:

—Esbirros de George…

Sin duda le habían seguido, y ahora creían tenerlo seguro. Había llegado el momento de la caza.

Ahora sí que Clive no vaciló en extraer su revólver.

No solo tenía que defenderse a sí mismo, sino también a Norma Lawson. Las balas cribarían el vagón de madera con increíble facilidad.

Tiró con su «38». Uno de los cinco hombres, el que estaba en el centro, cayó aparatosamente, lanzando al aire su rifle.

Los otros se lanzaron a tierra. Se oyeron roncas maldiciones.

Clive mascullló:

—Creo que ahora navegamos en el mismo barco, Ralph. Vea si puede recuperar su «Parabellum» y darles un buen escarmiento.

Mientras tanto, él retrocedió ágilmente, hasta parapetarse tras el juego de ruedas delantero del vagón. Las balas restallaron en los discos metálicos, produciendo un terrible sonido de campana.

Ralph, mientras tanto, se había arrastrado hasta la «Parabellum», a poca distancia de allí.

Sus facciones estaban crispadas.

Logró sujetar el arma en el momento en que una bala le atravesaba el pecho.

Rio. Rio de una forma violenta, salvaje, como si fuese una fiera que se estuviera divirtiendo.

Se puso en pie mientras le atravesaba otra bala, ahora por el estómago.

Clive Murdock hizo fuego entre las ruedas. El hombre vestido de blanco que estaba más a la izquierda quedó espantosamente quieto, con una brecha en plena cara.

Mientras tanto, Ralph Wintaly había avanzado a pecho descubierto, corriendo con la «Parabellum» en la derecha. Otra bala le perforó, ahora en el vientre.

A cada impacto, él lanzaba un nuevo gruñido, pero seguía

avanzando.

Uno de los hombres que estaban acurrucados tiró sobre él materialmente a boca de jarro.

Ahora le alcanzó en el cuello. Ralph Wintaiy cayó, mientras lanzaba un espantoso chorro de sangre. Pero, cosa macabra, aún estaba riendo. ¡Aún lanzaba una carcajada salvaje!

Al caer, sujetó por la nuca al hombre que había disparado contra él, y el cual aún no había podido cambiar de postura.

—Alégrate, pequeño —murmuró—. No te haré daño...

Le vació el cargador entero en la cabeza, que pareció deshacerse en sus manos.

Entonces Ralph Wintaly cayó. Cayó para siempre sobre su último enemigo, mientras en sus labios ensangrentados se dibujaba aún una mueca de burla.

Los dos hombres que quedaban vivos, cerca de él, le miraban como hipnotizados.

Apretaron los gatillos maquinalmente, a pesar de saber que lo hacían contra un muerto. Apretaron los gatillos sencillamente porque estaban aterrorizados. Porque *tenían miedo.*

Las balas ya no produjeron ninguna reacción en el cuerpo de Ralph Wintaly. En cambio sus dos enemigos tuvieron ocasión de lamentar aquello. Habían tenido una fatal distracción.

Dos proyectiles calibre «38», disparados entre las ruedas del vagón, volaron sus cabezas.

Clive Murdock salió de su precario refugio.

De un modo maquinal, empleando las balas que llevaba en parte de su cinturón, recargó el revólver.

La muchacha le contemplaba con expresión horrorizada desde el interior del vagón.

—¿Todo bien? —preguntó el federal.

—Las balas han atravesado el vagón, pero... pero no me ha sucedido nada.

Clive miró en torno suyo.

—Ya no queda más que un Wintaly —susurró—, y precisamente el peor. Pero me parece que ya se ha ido quedando sin gente... Creo que ha llegado el momento de tener una nueva entrevista con él... a punta de revólver.

Norma balbució:

—¿Es que piensas meterte en aquella ratonera?

—Lo haré, desde luego. Pero soy un hombre solo y no puedo permitirme el lujo de equivocarme. Reflexionaré sobre la mejor manera de actuar. Ah… Avisaré a la policía para que retire esos muertos.

—¿Y yo? ¿Qué hago mientras tanto yo?

—Muy sencillo. Te lo he dicho antes.

—¿Huir?

—Es tu oportunidad, muchacha, y ya no tendrás otra. Hala, lárgate.

Volvió la espalda, dispuesto a alejarse él también. De pronto susurró:

—Lo siento, porque tienes unos labios de campeonato… Y se alejó definitivamente.

CAPÍTULO XIV

No podía apartar de su cerebro aquella idea. No tenía más remedio, mientras caminaba, que seguir pensando en lo que le había dicho Norma Lawson.

Que ella no había matado a nadie. Que si estuvo en aquella habitación de hotel fue, simplemente, porque madame Barton deseaba verla lo menos posible.

Pero entonces...

La pregunta torturaba la mente de Clive.

¿Entonces quién...?

Pasó a cierta distancia de la «casa grande», la mansión donde vivía el «emperador», el último de los Wintaly. Todo estaba cerrado, silencioso, diríase que muerto. Sin duda George ya debía saber que había perdido sus últimos hombres, y tal vez estaba preparando sus maletas para largarse, por una temporada, de aquel lugar poco sano.

Clive Murdock estaba decidido a entrar allí y acabar con él. Siempre había sido partidario de la acción directa. Luego ya explicaría a la policía lo que conviniese.

Pero antes quería consultar con Margit. Necesitaba que al menos la muchacha no corriese peligros innecesarios.

Llegó a la casa abandonada que ambos habían compartido. La vio a ella sentada en el camastro, esperándole al parecer.

Tenía el aspecto de una chica dulce, tímida. Una de esas muchachas que, al parecer, no saben amar.

Sus labios se entreabrieron al ver a Clive.

—¿Has tenido una pelea? —susurró.

—Bueno, quizá más de una... Por poco me agujerean la frente. ¿Tienes agua?

—Desde luego que sí. La he sacado del pozo haoe poco.

Una jofaina limpia estaba llena. Clive se desprendió de la camisa y apareció su poderoso tronco desnudo. Los ojos de Margit brillaron un momento.

Su pasión parecía ser silenciosa, quieta, pero terrible.

Clive se lavó la cara y el pecho, secándose con una toalla sacada de su maletín negro. Vio que ella había vuelto a sentarse en el camastro.

Jugueteaba con algo.

Clive no sabía lo que era. No lo miró apenas, porque su mente estaba ocupada en otros pensamientos. Pero de pronto quedó como paralizado, al escuchar aquella música.

Era una melodía dulce, lenta, casi infantil. Una suave melodía que, sin embargó, heló la sangre en las venas de Clive Murdock.

Se volvió lentamente hacia Margit. Sus labios temblaban.

Ella mostró alegremente la caja con las figuritas en la tapa.

—He dado antes un paseo —murmuró—. Y he encontrado esto en el tronco hueco de un árbol.

La tapa se abrió lentamente.

—Se abre con la música —dijo ella suavemente—. Hay que mover los muñecos de una determinada manera para lograr una melodía. Y según como las cuerdas de la cajitJ de música son golpeadas, la tapa se alza. Esto es una verdadera maravilla.

Miró a Clive con sus ojos reidores.

De pronto quedó muda, muy quieta. Su boca se plegí en una extraña mueca.

Parecía como si por su rostro hubiera pasado una sombra negra.

—¿Qué te ocurre? —balbució, mirando a Clive.

Porque Clive también había quedado paralizado, absorto.

Sus ojos, siempre tan llenos de vida, eran ahora come los de un muerto.

Aquella música infantil y alegre había sonado en sus oídos como un extraño himno de funeral.

Apenas tuvo fuerza para entreabrir los labios y susurrar:

—«Chiquita»…

Ella se irguió. En el primer momento pareció como si hubiese recibido un golpe en plena cara.

—¿Cómo sabes eso? —murmuró.

—Por la caja.

Las facciones de la mujer se endurecieron, parecieron otras.

De pronto había pasado a ser como una fiera dispuesta a saltar. Sus ojos, antes reidores, eran ahora igual que dos bolitas de frío

acero.

—¿Qué es lo que sabes, Clive? —dijo con voz tensa.

—Sé algo muy importante. Que tú mataste a Kiesinger y Franzel. Tuviste, además, grandes facilidades para hacerlo. Nadie te vigilaba, puesto que tú y yo siempre viajábamos en distintos trenes. Y tú presencia en los hoteles donde se *cometieron* los crímenes me pareció, además, perfectamente natural.

Clive, al desprenderse de la camisa, se había desprendido también de su revólver. La verdad era que en este momento no pensaba en él, pero Margit sí que lo pensó. Tendió la mano y lo recogió lentamente.

—¿Qué más sabes? —susurró.

—Sé por qué lo hiciste.

—¿Por qué?

—Tú habías vivido en casa de los Wintaly. El viejo, el condenado a muerte, te recogió. Podía ser un cerdo, pero a ti te trató como a una hija... y tú llegaste a quererle. En cierto modo te sentías muy feliz allí. Y te hubieras quedado siempre en la casa de no haber surgido algo que te obligó a marchar.

—Veo que sabes muchas cosas. ¿Qué fue lo que, según tú, me hizo cambiar de ambiente?

—George. George Wintaly era tan cerdo como sus hermanos, pero no tenía las dos o tres cualidades que al menos adornaban a estos. Era un tipo absolutamente negativo, un ser humano totalmente malo, si es que ese tipo existe. Era la única persona de aquella casa a la que tú no podías soportar... y la que, para desgracia de los dos, se enamoró de ti. El muy baboso te perseguía por los pasillos, te perseguía por todas partes. Aquello llegó a hacerse insoportable, y tuviste que marchar, haciéndolo en secreto. ¿Me equivoco mucho si afirmo que por entonces habías conocido casualmente a madame Barton?

Los labios de Margit temblaron un momento. Sus ojos seguían pereciendo dos bolitas de acero.

—No, no te equivocas —susurró—. Sigue.

—Madame Barton te tomó afecto enseguida. Te habló de la vida aventurera del circo, en el que tú podías trabajar sin preparación alguna. Bastaba con ser bonita, valiente y dejar que los leones te fueran tomando confianza. Tú accediste porque aquello, al fin y al

cabo, solucionaba tus primeros problemas. Trabajaste en el circo durante algunos años, y el afecto de madame Barton aumentó. Tú siempre has tenido la suerte de que la gente te quisiera como a una hija... ¿Me equivoco si te digo otra cosa? ¿Si te digo que madame Barton te enseñó cómo deshacerte de un hombre que te molestara? La presa de antebrazo que ella había practicado en su juventud resultaba infalible.

—Tampoco te equivocas —murmuró ella sordamente.

—Pero el circo acabó cansándote —prosiguió Clive con voz tensa, en la que palpitaba un punto de amargura—. Al cabo de un tiempo, y viéndote con unos ahorros disponibles, lo dejaste. Madame Barton nunca se rehízo de ese golpe, y se encontró más sola que nunca. Tú viviste un tiempo con la mayor tranquilidad, y al acabarse el dinero tus ojos se posaron en un anuncio del Gobierno federal: el F. B. I. quería reclutar auxiliares femeninos. Tú te presentaste y fuiste admitida.

—Sí. Y a partir de entonces tú conoces mi historia.

—Una parte de tu historia nada más. Porque cuando supiste lo ocurrido al viejo Wintaly, cuando conociste la traición de George, al que además odiabas con toda tu alma, decidiste que pagaría aquello. Dos de los hombres de confianza de George, que tenían por misión vigilar a los otros hermanos después de la fuga de estos, pagaron con su vida el haber confiado en ti. Otro, Donovan, murió cuando investigaba cerca del tren del circo, donde tú habías buscado refugio por unas horas. Hasta es posible que, para desorientar a cualquiera que te viese, usaras uno de los vestidos de madame Barton... Las circunstancias te favorecían, además, porque todo parecía acusar a Norma Lawson. Muy bien, muchacha... Esa es tu historia, tu historia más secreta. Te juro que lamento haberla conocido. Era mejor creerte, como antes, una niña ingenua.

—¿Qué piensas hacer?

—Eso has de decidirlo tú. Tienes el revólver.

—Pero quiero conocer tus ideas.

—Mi consejo es que te entregues —suspiró él—. Tus delitos tienen muchas atenuantes.

—¿Y con qué se solucionaría todo?

—Pues quizá con... con...

—¿Con doce años de cárcel tal vez?

—Tal vez.

—Doce años... ¿Crees que estoy loca? Si te elimino a ti puedo luego ocultarme en el circo. Nadie más conoce esto y nadie me buscará. Lo siento, Clive, porque había llegado a quererte quizá más de lo que tú imaginas. Pero esto... se acabó.

—No temo a la muerte, Margit, pero harás una tontería. —La tontería sería entregarme... Nunca he creído en la Ley, Clive. Y ahora... adiós.

Clive Murdock comprendió que ella iba a disparar. Que iba a atravesarle el corazón a la primera bala.

Pero no se movió.

Sus labios casi dibujaron una sonrisa cuando murmuró: —Adiós, Margit...

Sonó un disparo.

Clive Murdock abrió mucho los ojos sin darse cuenta.

No se dio cuenta tampoco de que acababa de lanzar una especie de gruñido. Lo que vio le pareció algo irreal.

¡El revólver acababa de saltar de manos de Margit!

¡Alguien acababa de tirar desde la puerta!

Miró hacia allí, creyendo que alguien acababa de salvarle, y se convenció de todo lo contrario. Sólo habían querido desarmar a «Chiquita».

Porque el que estaba allí, con una pistola humeante en la derecha, era...

¡Era George Wintaly en persona!

CAPÍTULO XV

Clive fue a lanzarse, a pesar del peligro. En esas ocasiones siempre reaccionaba como una máquina ciega, pero infalible. Sabía que no podía perder tiempo.

Pero entonces llegó la segunda sorpresa.

Algo le detuvo.

El cañón de un revólver se había posado en su nuca. Le apuntaba alguien a quién no podía ver pasando su brazo a través de la ventana sin cristales.

Clive sintió que un frío terrible le llegaba hasta la médula de los huesos.

Adivinó lo que iba a suceder, y él... ¡él estaba impotente!

George Wintaly entró. Sus ojos recorrieron con placer, con fruición, la figura de la muchacha.

—«Chiquita»... —musitó—. Vas a ser mía de una maldita vez... ¡Vas a ser mía después de tantos años!

La abrazó. Sus labios ansiosos buscaron el cuello de la muchacha.

Ella, al principio, nada hizo.

Pareció como si fuera a dejarse besar. Se estuvo muy quieta.

—¡«Chiquita»!

Ahora la voz del hombre era un rugido.

Posó sus labios ansiosos en la piel limpia y tersa de la muchacha. De pronto, tuvo la sensación de que algo cambiaba, de que todo su cuerpo giraba en el aire. Algo pasó por delante de su cuello. La muchacha había quedado tras él.

Su antebrazo era como una barra de hierro.

George Wintaly se perdió por una sencilla razón. Porque no creyó que fuera a morir, porque aún no comprendía lo sucedido. No usó la pistola en el primer instante, y luego ya fue demasiado tarde. Todo su cuello pareció romperse. Tuvo un calambre espasmódico y soltó la pistola, mientras Margit apretaba, apretaba sabiamente...

Clive había contenido incluso la respiración. Ahora se daba

cuenta de cómo habían muerto los otros hombres. La escena increíble se desarrollaba ante sus propios ojos.

George cayó de rodillas, pero la muchacha no lo soltó.

Apretaba, apretaba... Los ojos, que se habían vuelto diabólicos, casi se le salían de las órbitas.

Obsesionado por la escena, Clive no se dio cuenta de que la pistola había dejado de encañonarle la nuca. Solamente, al oír aquel disparo junto a su cabeza, se estremeció y estuvo a punto de lanzar un grito.

La cabeza de Margit se había partido en dos.

¡El tipo que estaba tras él acababa de asesinarla!

George cayó al suelo pesadamente, llevándose las manos al cuello y resollando como una bestia herida. Pero Clive no se entretuvo viéndole caer.

Ahora tenía una oportunidad, una sola oportunidad que duraría fracciones de segundo.

¡La pistola no le apuntaba! ¡Estaba junto a su cabeza!

Las manos de Clive sujetaron el brazo que pasaba por la ventana.

La presa fue brutal, salvaje. Fue una presa a matar. Los huesos casi se hicieron astillas entre las manos poderosas de Clive.

Oyó un grito de dolor infrahumano, un chillido de muerte.

Tiró todavía con más fuerza, e hizo pasar el cuerpo a través de la ventana. Cuando lo tuvo en la habitación, a sus pies, aplicó la presa. Sin soltar el brazo, aplicó un pie a la cabeza de su enemigo y apretó. Clive Murdock sabía muy bien que ello era mortal. El cuello del comisario Ramírez se rompió con un «clic» casi suave, como si fuera una figurita de porcelana.

Entonces Clive lo soltó.

En sus labios se dibujaba una mueca de asco.

Con un gesto maquinal, extrajo el carnet que le había visto enseñar a los policías y lo abrió. La foto no correspondía al hombre que ahora tenía muerto a sus pies. Por eso el falso Ramírez solo lo había enseñado sin abrirlo.

Sin duda el verdadero policía fue aquel cuyo cuerpo estaba en la Hondonada de los Buitres. Y «Ramírez» fue el que le disparó luego a él, huyendo ante la presencia del león.

Clive dejó caer el carnet sobre el muerto.

Su voz no tenía matices cuando se acercó a George Wintaly, que resoplaba angustiosamente.

—¿Quién era ese tipo? ¿Cómo se llamaba?

—Pinkerton…

—¿Y qué pretendía?

—Éramos… enemigos… Quería que mis hombres fueran eliminados… Y que yo estuviera solo… para apoderarse de mi negocio. Obra… por su cuenta. Pero al fin… hicimos un pacto… Le pedí que me ayudase. A cambio… de formar una sociedad… de partir los beneficios…

—Pues no puedes negar que te ha ayudado —dijo lentamente Clive—. Hala, ponte en pie. Vamos.

—¿Adónde?

—¿Adónde va a ser? A un sitio donde se ocupen de ti. George Wintaly se puso en pie, y en sus labios apareció incluso una tímida sonrisa de esperanza.

* * *

Clive Murdock caminó hacia el vagón. J os rayos de sol caían de lleno sobre él, pero el frondoso árbol seguía proyectando sombra. Los cadáveres ya no estaban esparcidos allí. Norma, sin duda a costa de grandes esfuerzos, los había arrastrado hasta un lugar donde no fueran tan visibles.

Clive Murdock asomó por la puerta del vagón.

No podía decirse que estuviera alegre, ni mucho menos. Más bien en sus ojos había como una lucecita de desesperanza.

Pero algo pareció alentarle al ver allí a Norma Lawson. Norma, quieta como antes, diríase que le estaba esperando.

—¿No te has ido? —susurró él.

—Quería verte otra vez.

—¿Por qué?

—Si algo malo he hecho, puedes llevarme contigo.

—Lo siento —dijo él, entrando—, pero has perdido tu oportunidad. Y no tendrás ya otra.

—Lo sé.

Se acercó a ella. Las manos buscaron su rostro y lo acariciaron. Suavemente.

Muy suavemente.

Todo el cuerpo de la muchacha vibraba, transido de pasión secreta.

—¿Qué ha sucedido? —susurró.

—Muchas cosas, y algunas muy desagradables. Sólo me queda el consuelo de saber que luché hasta el fin.

—¿Has avisado a la policía?

—Lo haré, pero aún hay tiempo para eso.

Sus bocas estaban muy juntas, sus alientos casi se cruzaban.

—¿Ha sido destruida la organización de Wintaly? —susurró ella.

—Por completo. Lo que queda por hacer será un trabajo rutinario para la policía. Pero repito que no hay prisa Por cierto. Wintaly fue el único que quedó con vida. Estaba herido solamente.

—¿Y qué hiciste?

—Lo llevé a un sitio donde «se ocuparan de él».

—¿Un sitio? ¿Cuál?

—Está cerca de aquí. Lo llaman «La Hondonada de los Buitres».

Ella no le comprendió de momento, pero era igual.

Sus bocas se unieron fuertemente.

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)
Impreso en España - Printed in Spain
PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.